

Marquesa de cañada hermosa

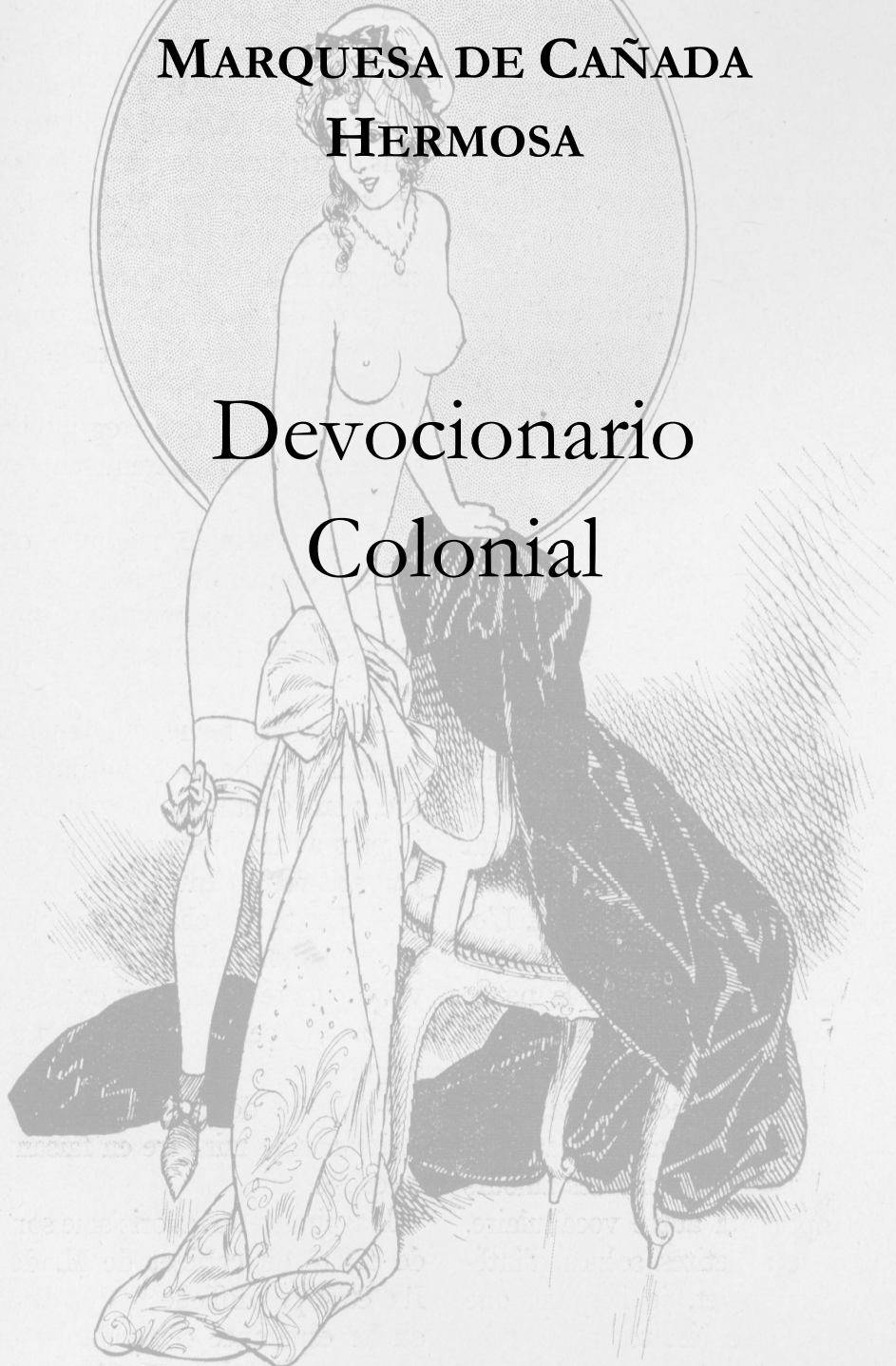


Devocionario Colonial



MARQUESA DE CAÑADA
HERMOSA

Devocionario
Colonial



® SAFE CREATIVE

Código: 0910284778192

TÍTULO: DEVOCIONARIO COLONIAL

Autor: Marquesa de Cañada Hermosa

Fecha 28-oct-2009 15:06 UTC

ISBN - 978-84-89268-64-7

PRELIMINAR

No me queda sino congratularme a mí mismo por haber encontrado obra tan importante y valedera como esta, y de forma tan circunstancial. En una adquisición de libros viejos venía, en una de las cajas, un grupo de cuadernos manuscritos firmados, seudónimamente, por la Marquesa de Cañada Hermosa, sin relación ninguna con los Marín de Poveda o los Ruiç de Azúa. Dichos cuadernos reunían el trabajo literario de la autora en tres obras principales: unas «Memorias», sin duda obra de imaginación, un magnífico «Diego Malasartes» que ha de convertirse, si la gloria es sincera, en una de las grandes obras de la literatura universal, y, por último, el presente «Devocionario Colonial», una serie de cuentos de gran gracia, originalidad y talento.

La picardía inscrita en ellos no es maliciosa sino, muy por el contrario, sana y divertida. Toda obscenidad que encontréis aquí os será grata y no chocante, pues hay un candor y una frescura que limpia toda impureza del espíritu. Ambientados en un período bastante desconocido de nuestra historia, como es la época Colonial, retratan con veracidad, a

veces con crudeza, la mentalidad, costumbres y pensamientos de entonces, con sencillez y alegría. Sin duda, la Ilustre Marquesa ha de formar parte de la pléyade de autores chilenos por sus muchos y variados méritos.

No me ocuparé en esta ocasión de sus “Memorias”, que espero poder terminar de revisar en poco tiempo más. Mi trabajo a este respecto, en las tres obras mencionadas, ha sido, principalmente, modernizar algunos giros que podrían resultar incomprensibles, así como agregar algunas notas al pie que me parecieron oportunas para aclarar algunas situaciones que no quise modificar debido al encanto de sus expresiones. Sin embargo, aunque la consideré obra de imaginación, muchos de los caracteres allí retratados pueden ser perfectamente identificados con algunos personajes históricos a quienes prefiero no mencionar.

En “Diego Malasartes”, mezclado con las aventuras anecdóticas, encontramos la descripción descarnada de las dificultades de los colonos que, más que en ninguna otra nación administrada por la corona española en ese entonces, soportaba situaciones negativas derivadas de la naturaleza misma, de la belicosidad indígena y de la burocracia e injusticias sociales y administrativas del sistema.

He decidido dar prioridad al “Devocionario”, debido, principalmente, a su carácter festivo que servirá de prólogo a las demás obras de la Ilustre Marquesa. ¿Por qué lo he llamado “Devocionario Colonial”? Estos breves relatos, nueve en total, no tenían título. Yo los agrupé bajo el cual hoy se publican debido a que las tapas que cubrían el cuaderno donde los he hallado pertenecían a un devocionario. Quizás la Marquesa, para evitar lectores curiosos, los escondió bajo aquella portada que a nadie llamaría la atención entonces, sino por el contrario, no mostrarían ningún interés. Así mantuvo lejos de las lecturas indiscretas estas originales, agradables y, por qué no decirlo, sabias páginas. Al leerlas, no

podréis sino darme la razón. Cualquier cosa que agregue a lo dicho no será sino una villanía de mi parte, pues esta obra habla por sí misma.

LIBORIO VINOSO.

DEDICATORIA

Es costumbre muy antigua dedicar las obras a algún poderoso señor que ampare dicho trabajo con su solo nombre. Pasado el tiempo las dedicatorias se han utilizado para manifestar aprecio o agradecimiento a algún amigo. También se utiliza muchísimo para conseguir lectores, como lo hacen algunos autores dedicando su trabajo «A los jóvenes de mi país», o «A las madres de mi patria», o «A los señores editores» (los más cínicos). Por mi parte voy a continuar dicha tradición pero voy a dedicar este trabajo *a todos mis enemigos*, con lo que me aseguro que no quedará pelafustán sin leerla. Servirá además para que estos se den cuenta que los tengo en gran aprecio; quizás en más que a mis amigos... si es que tengo alguno. Pero mi intención es, fundamentalmente, señalar algunos aspectos de nuestra realidad presente, mal que le pese a muchos. Por ello es que veo que mis enemigos serán los más dados a apreciar, a través de su desprecio, esta sincera expiación.

LA AUTORA

LA SONÁMBULA

-**P**ara nosotros es un gran placer el poderos recibir en nuestra humilde casa -aclaró don Miguel Vargas y Salgado a su joven visitante que había llegado hacía un par de semanas de la península.

-Agradezco vuestra gentileza, señor alcalde. Y a vos, señora -dijo a la mujer de su anfitrión, doña Petronila.

El visitante tomó la mano de la joven y la besó suavemente. Luego la miró a los ojos y notó en ellos ese brillo extraño y melancólico propio de las jovencitas poco acostumbradas a la vida marital, en especial si ha de ejercerse con un vejete acabado y desabrido.

-Vuestra servidora -dijo ella con encantadora voz.

-Decidme, caballero -preguntó don Miguel- ¿Sois pariente de los Iturrieta de Mondragón?

-No, señor mío. Don Juan de Iturrieta y Andueza de la Plana, mi padre, proviene de Guipúzcoa, donde nací yo recibiendo sus mismos nombres¹.

¹ Era entonces muy común que los peninsulares, es decir los nacidos en España, gozaran de privilegios en desmedro de los nacidos en América. Aunque por lo general eran personajes de poca probidad, eran muy despectivos y se apropiaban

-Os lo preguntaba -continuó el vejete- pues tenía unos parientes lejanos que eran Iturrieta de aquel pueblo que, como sabéis, ha sido cuna de ilustres servidores de su Majestad en esta tierra ingrata.

-¿Ingrata la llamáis, señor? -Preguntó don Juan.

-¡Imaginaos! Luego de trabajar treinta duros años, luchando contra los salvajes que sin duda son los más belicosos de este lado del planeta, tal como lo cantara nuestro insigne Ercilla, luego de luchar, contra la naturaleza, tan bravía como los indígenas, naturaleza que cada cierto tiempo nos remece ferozmente en horrorosos terremotos o nos arrastra en terribles avenidas del impredecible Mapocho, o nos destruye las siembras con lluvias torrenciales a destiempo, o calores sofocantes en primavera.

-¿Entonces no es cierto aquello que este clima es de los más benignos del orbe? -Interrumpió don Juan.

-¡Oh! Claro que lo es. No diré yo otra cosa. No puedo sino alabar la dulzura de su clima, Pero como toda doncella dulce y melancólica sufre a veces arrebatos tempestuosos que nos hacen temblar de pavor. ¡Y que nos pille confesados! Pero dejadme terminar mi primera idea -continuó don Miguel. -Os decía que luego de luchar contra todas las calamidades que os podéis imaginar, entre las cuales hay que incluir las epidemias que no son pocas, la flojedad de los yanaconas² y las constantes huidas de los araucanos que nos dejan sin brazos para trabajar la tierra, luego de haber en-

de los cargos importantes, desplazando a mucha gente capaz por el sólo hecho de no haber nacido en la Madre Patria.

2 Indios del Perú dedicados principalmente al servicio doméstico.

frentado todo aquello o quizás sería lo propio decir *debido* precisamente a todo aquello, nos encontramos en el mismo sitio sin haber avanzado un ápice.

-Ingrata en verdad, lo reconozco.

-Y más aún lo es para las señoras -prosiguió don Miguel señalando a su joven consorte, la que ruborizándose bajó los ojos.

Don Juan se congratulaba de tener ante sí aquella cándida expresión de la feminidad de la que hacía mucho tiempo no había podido disfrutar.

-...las que entre la miseria -seguía diciendo el vejete- y el temor pasan sus días sin pedir nada, sin reclamar a nadie, soportando con estoicismo espartano los sufrimientos a lo que nosotros, sus inconscientes maridos, las sometemos.

-No os juzguéis tan duramente -dijo doña Petronila con su voz delicada y cantarina.

-No es de extrañarse entonces -expresó el marido-, que sufran ataques y enfermedades que son consecuencia de las privaciones a las que se ven sometidas.

-¿Ataques? ¿Enfermedades? -consultó extrañado don Juan.

-No abruméis a nuestro visitante con vuestras quejas y desganos, marido mío... Más bien deberías describirle lo bello de la vida que en esta tierra encontrara y que no es poco. Os traeré un *sorbete*³ para que podáis refrescar vuestras gargantas que secas han de estar de tanto parlotear -y dijo esto último lanzando una mirada de exquisito reproche a don

3 Brebaje preparado con pulpa de frutas.

Miguel como si se tratara de un hijo malcriado.

-Tenéis razón, palomita mía. Traed un refresco – agradeció el anciano-. Pero no nos privéis del placer de hacer trabajar el músculo bucal que tan pocas oportunidades tiene de ejercitarse.

Salió dona Petronila y don Miguel, lanzando un disimulado eructo, se acomodó en el sillón.

-Bella señora tenéis -dijo don Juan.

-Dulce como la miel y buena como el pan. ¿Habéis comido pan con miel?

La pregunta turbó a don Juan, quién no supo qué contestar.

-Es lamentable que, de tiempo en tiempo sufra sus pequeños males -dijo el marido.

-¿Cómo? –preguntó el visitante-. ¿Decís que está enferma? ¡Pobrecilla!

-Enferma propiamente no. Pero a veces sufre extraños ataques que la llevan a cometer... imprudencias. -Don Miguel se acercó al joven y le dijo en un murmullo- ¡Sonambulismo!

-¡Santo cielo! -exclamó don Juan.

-El señor obispo declaró que aquella enfermedad está relacionada con el “malulo⁴” –continuó el vejete- y que quienes la padecen, es a consecuencia de ser poseídos por un íncubo o un súcubo, según sea varón o mujer. Lo terrible, mi querido amigo, es que nada se puede hacer para impedirlo, ya que es peligrosísimo despertar a quién se encuentra en ese trance pues se supone que el demonio le arrebatara el

4 Apodo popular del Demonio.

alma instantáneamente, provocándole la muerte o la locura.

-Es terrible lo que decís...

-Es una advertencia también, pues si vais a alojar con nosotros debéis estar al tanto por si la veis en aquel estado. No debéis despertarla por ningún motivo.

Don Juan quedó francamente alarmado, pues aquella noble y joven señora había despertado en él los más dulces y puros sentimientos.

Aquella primera noche en su habitación, don Juan se desvistió para entrar a la cama, lo que hizo totalmente desnudo debido al calor que reinaba en aquella época, aún de noche y a pesar de dejar entreabierta las ventanas.

Había pasado una exquisita velada con aquella pareja singular. Un anciano melancólico y quejumbroso que sin embargo trasuntaba el contento que le producía el poseer una hacienda provechosa y una joven mujer. Bien le venía a don Juan ahora un descanso pues tenía pensado partir a la mañana siguiente rumbo a Concepción donde debía hacerse cargo de ciertos negocios que un tío suyo había encomendado.

Cuando iba a apagar la bujía que tenuemente alumbraba la habitación sintió que la puerta se abría. Vio aparecer a doña Petronila que, cubierta con un tenue camisón, avanzaba con los brazos por delante. Al ponerle atención vio que la joven estaba dormida. Entonces recordó lo que le dijera su anciano anfitrión. La mujer se le acercó sacándose su camisón, acostose sobre don Juan que, aunque contento, no atinaba a nada. En eso miró hacia la puerta y vio al viejo Miguel que, con una vela encendida en la mano, le hacía señas

que guardara silencio para no despertar a doña Petronila. Después cerró la puerta, dejando a la pareja en la penumbra de la habitación.

Don Juan pensó que, dadas las circunstancias, no le quedaba sino obedecer a quién tan gentilmente le acogiera. No podía ser tan canalla de provocarle un mal a su joven y bella esposa. Por lo que, considerando que aquello no era un pecado sino más bien una obligación de sociabilidad y buena educación, respondió a las caricias de la joven, la que, a pesar de su sonambúlico sueño, daba señales de gozar plenamente de la situación.

A la mañana siguiente, al servirse el desayuno don Miguel estaba muy contento.

-Espero que hayáis podido dormir a pesar de los inconvenientes -le dijo tan de repente que don Juan turbóse por un instante, ya que los inconvenientes habían sido, para él, superiores al sueño,

-¡Oh! Claro. No os preocupéis. Ha sido para mí un placer poder servirlos de algo

En ese momento llegó doña Petronila que, cabizbaja, sentóse a la mesa sin mirar a don Juan. Este buscaba su mirada tratando de averiguar si, al fin y al cabo, el mal de la señora era real o fingido con el fin de satisfacer las necesidades propias de una mujer joven y vigorosa que no eran aplacadas por su decadente compañero.

Luego de devorar unos panecillos calientes y un tazón de chocolate, don Miguel se disculpó y salió a dar instrucciones a su capataz. Don Juan, frente a doña Petronila, continuaba buscando sus ojos. La mujer levantó la mirada y la clavó en

la del visitante. Este sintió que la sangre le subía a la cabeza con violencia.

-¡Oh! -Exclamó ella apesadumbrada- ¡Lo habéis adivinado!

Don Juan púsose de pie de un salto y tomando la mano de la joven se arrodilló a su lado.

-Será nuestro secreto, Petronila, amada mía.

-¿Cómo podéis amarme después de lo que he hecho?

-No sabéis lo que habéis hecho. Nunca en mi vida había conocido delicias de esta naturaleza. Ahora que compartimos el secreto, podremos compartirnos mutuamente.

-¡No! -dijo ella poniéndose de pie y alejándose del joven-. Ya no podrá ser. Si no lo hubierais descubierto quizás, repito, quizás habría reiterado mi deleznable acción, pero ahora ya no podrá ser. ¡Jamás! ¡Es definitivo!

Y diciendo esto se retiró a su habitación, dejando a don Juan total y absolutamente desolado. No podía comprender cómo era posible que luego de ponerlo en este sublime estado le diera tal portazo que le derrumbara sin misericordia todos sus deseos.

¡No! ¡No lo toleraría! Lucharía por conservar aunque fueran solo sus caricias, ya que no quería cederle su amor.

-¿Así que nos acompañareis una temporada más larga? -dijo don Miguel. Don Juan inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

-Si no os provoca alguna incomodidad...

-¡Para nada! ¡Qué va! Al contrario. Es muy grato tener en casa con quién conversar. Además Petronila estará feliz de que os quedéis. ¿Verdad, palomita?

Petronila miró a don Juan con desesperación y súplica en los ojos. Por su parte, el joven dejó traslucir un dejo de pícara maldad, lo que hizo que la mujer bajara la mirada.

Pero no resultó sencillo para don Juan conseguir los favores de la ingeniosa señora del vejete. Durante una semana supo ella escabullirse de su presencia, esquivar sus miradas, desatender sus súplicas y, por último, darle la espalda en un desprecio inequívoco. Sin embargo Juan sabía que todo aquello no era sino la forma de volver más excitante la situación. Doña Petronila, por su parte, estaba sumamente halagada por la insistencia de aquel joven atractivo que por lo demás, tenía una virilidad más que placentera.

Una noche don Juan no pudo resistir más aquella situación y decidió actuar. De pronto se le ocurrió la estratagema infalible.

Dona Petronila se encontraba en el lecho, cepillando sus largos cabellos, mientras don Miguel terminaba unas anotaciones en su libro de cuentas. En ese momento se abrió la puerta y apareció don Juan con los ojos cerrados y las manos por delante, vistiendo camisón.

-¿Qué hacéis aquí, señor? -Preguntó don Miguel, incomodado por la aparición tan poco decente de su huésped.

Don Juan, sin contestarle, avanzó hacia doña Petronila y la abrazó tiernamente, besándola.

-¿Qué hacéis, canalla? -Gritó don Miguel.

En ese momento doña Petronila le llamó a silencio.

-¿Qué no veis que el pobre sufre de sonambulismo? -dijo ella en tono de reprimenda.

Don Miguel miró la escena con bastante incredulidad,

pero ante las señas de su mujer no pudo sino recordar lo que significaba despertar a un sonámbulo.

-¡Idos! -Le reclamó doña Petronila en un susurro- No vayáis a despertarlo y ser culpable de su demencia o su eterna condena.

Asustado por la alternativa el vejete abandonó la habitación no del todo convencido, mientras la pareja, desen-



fundándose de sus camisones se entregaba a las delicias de Eros.

Fue una quincena en que la epidemia de sonambulismo recrudeció hasta el extremo de despertar serias sospechas a don Miguel. Ante lo delicado de la situación y como ambos, Juan y Petronila, habían tenido suficiente sonambulismo para toda la vida, el joven visitante decidió marcharse a Concepción⁵ a cumplir con los encargos que ya debería haber efectuado.

Al cabo de un par de meses de establecerse en la sureña ciudad recibió una afectuosa carta de don Miguel donde le comentaba, entre otras cosas, el recuerdo permanente que él y su mujer tenían de su persona. Agregaba, al final un párrafo singular:

«Debo noticiaros alegremente que mi querida Petronila, que tan buenos recuerdos guarda de vos, se encuentra en cinta, por lo que, para algunos meses más esperamos la llegada de un sonambulillo. Espero que vos os hayáis curado de tan terrible enfermedad; Petronila no la ha vuelto a sufrir desde el embarazo. Es una lástima que los hombres no podamos contar con los beneficios de esa cura.

*Vuestro sinceramente
Miguel Vargas y Salgado».*

5 Ciudad importante al sur de Chile.

EL AMANTE PERFECTO

- **D**ebo confesaros que la situación es complicada y si me he acercado a vos ha sido en consideración a vuestra experiencia y a la amistad que nos une de tantos años.

Las palabras de Baltasar Fernández del Cortijo sonaban amargas a su amigo, el oidor Antonio de Salvatierra.

-Podéis contar con mi consejo como siempre. Estoy a vuestro servicio.

-Os lo agradezco, amigo mío -continuó Baltasar-. Pero debéis prometerme que lo que aquí se comente jamás saldrá de estas cuatro paredes y aún en ellas evitareis repetirlo.

-No tenéis que decírmelo, Baltasar. Mi discreción la tenéis asegurada. Podéis narrarme vuestro problema.

Baltasar carraspeó un poco y arrellanándose en su sillón, inició su perorata.

-Antonio, bien sabéis que no ha habido novio más enamorado que yo. Conocéis a doña Isabel y no podéis negar que su belleza y simpatía son el blasón más perfecto.

-Os secundo en ello.

-Contraídas las nupcias esperé que mi vida tomara un rumbo distinto al que llevaba, tan indolente y sin timón.

-¿No fue así?

-Esperaba también encontrar en doña Isabel el contento y el placer que todo marido merece.

-¿Me diréis que os ha decepcionado?

-Peor aún: ni siquiera he tenido oportunidad de decepcionarme. Hace tres meses ya de nuestro matrimonio y aún no he tenido oportunidad de conocer sus húmedos misterios.

-¡Terrible cuestión! ¿Teméis de ella alguna enfermedad?

-El médico la ha declarado totalmente sana.

-¿Algún temor femenino, inseguridad o algo parecido?

-Sus amigas, algunas de las cuales me son muy queridas, me han confiado ser ella tan normal como la más normal de las doncellas.

-Quizás vos no os habéis acercado con la debida prudencia. Puede que la hayáis asustado.

-Frente a ella soy la ternura personificada. Le llevo regalos, preparo el lecho con pétalos y lociones, le animo a la consumación y ella siempre encuentra el modo de esquivar mis requerimientos. Comprenderéis que en este momento me encuentro en un serio dilema, pues de no poder alcanzar los favores de mi propia mujer, he de buscarlos en otra que me los prodigue sin tanto trámite.

-Os comprendo plenamente. Y la actitud de vuestra esposa me parece por demás sospechosa.

-¿Sospechosa?

-Así es. Espero que no os enojéis conmigo con lo que voy a deciros, pero puede que vuestra Isabel tenga otro Baltasar.

-¡Un amante! -gritó el desafortunado marido-. Os prohíbo que insultéis a doña Isabel ante mi presencia. Y ante cualquier presencia.

-Escuchadme, querido amigo -le explicó don Antonio-. No es mi ánimo insultaros, ni a vos ni a doña Isabel, sino solo aclarar vuestra situación. Decidme, si no está enferma ni temerosa, si es normal en todos los aspectos y si vos no sois feo, ni mucho menos pobre, y no os falta el ingenio, y la tratáis tiernamente, ¿no creéis que lo que queda por pensar es que haya otro que esté usufructuando de vuestro patrimonio?

Baltasar meditó un instante. El hecho de ir poniéndose de un color rojo subido aclaró a don Antonio que comenzaba a considerar la situación. De pronto palideció, su rostro se congestionó con una mueca de desesperada tristeza y dijo:

-¿Y qué he de hacer? ¿Qué me recomendáis? ¿Debo abandonarla, acusándola de adulterio y hacer notar el hecho que no ha habido consumación de nuestro matrimonio? ¿O sólo debo recriminarle su falta? ¿O...? Dios santo. ¡Qué hago, Antonio!

El amigo pudo notar que Baltasar era atacado por una desesperación incontrolada.

-Frente a estas situaciones, lo principal es mantener la calma y actuar con inteligencia y frialdad.

-¿Y qué me recomendáis?

-Comprobar si os es infiel.

-Y como he de hacer aquello.

-Podríamos buscar a alguien que se le acercara e hiciera amago de seducirla.

-¿Y dejarla en manos de un extraño? -dijo indignado Baltasar- ¡De ningún modo!

-No queda sino la solución más práctica.

-Decidme cual.

-Debéis seducirla vos.

-¡Pero si ya os he dicho que no quiere ni verme!

-Esperad. Aun no he terminado. Decidle a ella que debéis partir a un largo viaje, muy lejos y por mucho tiempo. Pero no os marchareis, os quedáis, cambiáis vuestra apariencia y la seducís vos mismo aparentando ser otro. Cómo casi no os conoce, no será difícil. Además, aprenderéis de la poesía y la música y todas las artes que agradan a las damas.

-O sea que me convertiría en el amante de mi propia mujer. A vos siempre se os ocurren soluciones espectaculares, querido Antonio -dijo Baltasar con regocijo-. Tendréis que ayudarme a realizarla.

-Por cierto. Contáis conmigo para todo.

Y quedáronse planeando el asunto.

Esa misma noche Baltasar informó a su mujer que saldría de viaje y que no regresaría en seis meses, o quizás un año. De nada debería preocuparse, pues la dejaría suficientemente protegida. Doña Isabel dio muestras de alegrarse muchísimo con la noticia por lo que Baltasar pensó que aquella desvergonzada capaz era de tener algún amante, por lo que salió de allí para calmar los deseos de golpearla y, tragándose su furia, continuó con su plan.

Al día siguiente, muy temprano, echó sus baúles en una carreta y abandonó la ciudad. Se dirigió directamente a la hacienda de Antonio, distante algunas leguas, donde comen-

zaron su transformación.

-¿Os gusta el nombre de Felipe? -preguntó Antonio-
Os da presencia real.

-Lo encuentro perfecto. Pero, ¿y los apellidos?

Mientras el mulato retiraba del rostro de Baltasar los últimos vestigios de su barba, recortaba el bigote para hacerlo más juvenil y acortaba la melena haciéndole el corte de moda, ambos amigos meditaron respecto a los apellidos.

-Creo que un buen apellido sería el de Oviedo. Os daría lustre.

-¡Felipe de Oviedo! —dijo Baltasar en voz alta para oír como sonaba-. ¡Felipe de Oviedo! -repitió-. Me agrada.

-Si -dijo Antonio-, me parece bien. ¿Y qué os parece vuestra nueva estampa? -Y acercándole un espejo lo colocó frente a Baltasar.

Su anterior aspecto, algo avejentado y muy a la antigua, se había mudado en otro juvenil y actual que nunca creyó pudiese tener. No pudo sino congratularse por aquello.

-Habéis adquirido gran presencia, Baltasar —díjole Antonio-. Hasta a mí me cuesta reconocerlos. Con esa estampa podéis conquistar, no solo a vuestra Isabel, sino que a todas las Isabeles que queráis.

-No me interesa más que la propia. Ya sabéis que no soy un libertino.

-Eso en vos es un mérito, lo reconozco. Vuestra castidad y fidelidad no sería en la mayoría sino signo de estupidez. Pues bien, comenzad vuestra tarea.

-Pero, ¿cómo he de presentarme ante ella?

-No tengáis cuidado. Os presentaré como un lejano pa-

riente de la península y se os abrirán las puertas. Y seguro que algo más –concluyó con picardía dándole un leve codazo.

Y fue tal cual lo habían pensado. Visitando Antonio a doña Isabel con el fin de ofrecerle su amistad durante la ausencia de su amigo Baltasar, presentole al apuesto Felipe de Oviedo, recién llegado de la Madre Patria y gran admirador de la música y la poesía. Luego de comer alguna cosilla, Antonio se retiró, rogando a Felipe acompañara por un momento a doña Isabel, cosa que éste aceptó, quedándose ambos solos.

Al cabo de un momento salieron al patio y se sentaron en un escaño. El sol de la tarde iluminaba con dorada luz el lugar, el que, animado por los gorjeos de las aves y saturado del perfume de las flores, creaba el marco perfecto para el lance amoroso.

–¿Así que vuestro marido está de viaje? –preguntó Baltasar.

–Partió ayer muy temprano.

–¿Y va por mucho tiempo?

–Seis meses. Un año quizá.

–¿Y os deja aquí, en la soledad y el abandono? Un marido que deja tan bella flor en su jardín sin llevarla consigo merece la pena de muerte.

–No seáis tan duro. Francamente no lamento su partida.

–¿Acaso no os lleváis bien? ¿Demasiado tiempo juntos?

–Solo algunos meses... Pero no debería hablar con vos de estos asuntos.

–Disculpad mi intromisión, pero no es por vulgar intru-

sión, sino por preocuparme sinceramente por vos. De poder servirlos en algo, podéis contar con mi amistad para lo que consideréis oportuno.

-Os lo agradezco. Pero es mejor que os marchéis.

Y la reunión terminó allí. Baltasar se fue a casa de Antonio y pasó una larga semana antes de volver a ver a doña Isabel. En tanto, habían mantenido estrecha vigilancia en torno a la casa, lo que dejó en claro que la custodiada señora no tenía romance, al menos por el momento.

Fue el domingo, a la salida de la iglesia que Baltasar tuvo oportunidad de volver a abordar a su mujer.

-¿No habéis tenido noticias de vuestro marido?

-No, nada. Ni una nota.

-¿Y no os preocupa?

-Francamente no. Quizás me toméis por una loca, pero cuando a una la han obligado a casarse con un hombre aburrido, gris, sin ambiciones y, lo que es peor, anticuado y sin sentido del romance, no pueden exigirle que, además, lo ame.

-Tenéis toda la razón -dijo Baltasar guardándose las ganas de darle un puntapié-. Lo terrible es que estáis casada y seguiréis así.

-Quizás -dijo la mujer con una mirada pícaro y una sonrisa más pícaro aún.

-¿Que queráis decir, Señora mía? -dijo Baltasar en su papel de Felipe- ¿Me daríais alguna esperanza? No os es desconocido mi sentimiento por vos.

-Sois un atrevido -dijo doña Isabel en un reproche simpático y marchose.

Nuevamente solo, Baltasar continuó buscando la ocasión de acercarse a su mujer. Por último, sin poder tolerar más la situación, una noche calurosa entró subrepticamente a la casa de ella y sin pensarlo dos veces fue hasta la alcoba de la mujer. Esta se peinaba sus largos y sedosos cabellos y al verlo por el espejo, casi se desmaya.

-Perdonad mi atrevimiento -le dijo Baltasar- pero me tenéis loco. Loco de amor por vos. No hago más que pensar en vos, en soñar con vos. Y os regocijáis haciéndome sufrir.

-¡Salid de aquí o llamo a la servidumbre! ¡Sois un demente!

-Demente por vos, por vuestro amor...

-Habláis incoherencias.

-Son el resultado de lo que por vos siento. Perdonadme, Isabel de mi vida, pero si no me juráis aquí mismo que me dais alguna esperanza en lo futuro, no solo no me marcharé, sino que pondré fin a mi solitaria existencia aquí mismo.

Y sacando su puñal se lo colocó en el cuello.

Isabel le miró con ternura. Baltasar esperaba de ella la decisión definitiva, el rechazo, un “mataos, pero hacedlo afuera para que no ensuciéis la alfombra”.

-Tierno Felipe, no os hagáis daño. Ya estáis en mi corazón desde el primer día que os vi.

Baltasar dejó caer los brazos. Su mujer le era infiel y se lo estaba diciendo en ese momento.

-Tenéis más que una oportunidad; tenéis mi corazón. Y me tenéis a mí misma si me queréis -y diciendo esto, desprendiose de su ropa, mostrándose en su juvenil y bien formada desnudez.

Baltasar tuvo un momento de indignación, pero al ver frente suyo el objeto de todo aquel lío, ofreciéndosele, decidió que era preferible llevar el asunto hasta su consumación total, para así tener más recursos para castigar a la adúltera. Por lo que besando a Isabel con gran pasión, desprendiose él también de sus trapos y se trenzaron en la dulce guerra del amor.



Tan placentera resultó la situación que Baltasar no quiso comentársela a su amigo Antonio, con el fin de seguir gozando de los privilegios del amante que correspondían al marido. Así fue como durante una semana, religiosamente, todas las noches acudía a la alcoba de su mujer a requerir sus favores, los que ella le ofrecía generosamente.

Pero tal situación no era posible seguir manteniéndola por mucho tiempo y tuvo que tomar una determinación. Puso al corriente a Antonio de todo lo sucedido. Éste meneó la cabeza, compasivo.

-No sabéis como lo lamento, querido Baltasar.

-Pues no debéis, amigo mío, porque no he de negar que han sido noches deleitosas.

-¡Pero habéis comprobado que ella os engaña!

-¿Y? Su amante soy yo mismo, su propio marido, por lo que no hay pecado ninguno.

-No os comprendo. De algún modo tendréis que decirle la verdad.

-¡Ay! Querido Antonio –explícale Baltasar-. No habéis comprendido maldita la cosa.

-No sé en qué momento me la habéis explicado. Os ruego lo hagáis pronto, antes que pierda la razón.

-Escuchadme. Ella me ama porque cree que soy Felipe de Oviedo, un joven peninsular. A Baltasar lo detesta por aburrido y tonto. Si le encaro la situación ahora, como Baltasar la perdería irremediablemente. Además, en estos momentos, gozo de todos los beneficios del amante y ninguno de los perjuicios del marido. ¿No comprendéis que la situación es perfecta? Pues, por añadidura, conservo mi libertad.

-Pero ¿y Baltasar?

-Lo mantendré viajando. Quizás algún día regrese, cuando ella se aburra de Felipe de Oviedo, si le doy esa posibilidad, mientras tanto he de gozar de la situación de ser feliz con mi mujer aunque sea como su amante. Además, tengo así asegurada su fidelidad.

-Os lo reconozco. ¡Sois genial!

-Ya lo sé. Isabel me lo dice todas las noches.

Y agitando la mano se alejó de Antonio rumbo a la alcaoba de su amante y esposa.

EL PAGO DEL PECADO

Todo amor es tragedia, dijo un poeta. Así lo sintió nuestro Garcilaso. Así lo han sentido la mayoría de quienes han sido tocados, en alguna ocasión, por los dardos de Cupido quién, como hijo de Venus, juega con los sentimientos en su inconstancia perenne, y como hijo también de Marte, agrega el ardor, la desesperación, la lucha y, por lo general, la derrota.

Guardaos de los dardos de Cupido, gran consejo que nos diera otro gran poeta de quién no recuerdo el nombre, pero basta aquella frase para considerarlo grande. Porque mientras los hombres pudieron disfrutar de los carnales placeres sin involucrar sus sentimientos, disfrutaron de la vida sin remordimientos ni pesares; pero en cuanto el amor se clava en nuestro corazón, nos volvemos ciegos, sordos y estúpidos, y andamos como idiotizados (y algunos vemos que parece que viven enamorados), vemos belleza donde en estado normal no veríamos más que vulgaridad, nos pintamos a nosotros mismos un panorama grandioso de placeres y cuando todo aquello se estrella con la realidad el golpe nos despierta, nos encontramos ante la desesperación y el desengaño. Terrible cosa es el amor. Con razón los antiguos ado-

raban a Apolo, cerebral y frío, y a Dionisos, voluptuoso dios del amor carnal.

La historia que ahora nos ocupa sucedió cuando en este reino aún no se establecían totalmente las bases de una colonia definitiva, cuando la ciudad no era más que un caserío y la juventud se veía en extrema limitación, tanto por las rígidas normas morales, como por la dureza de la vida que exigía un trabajo de bestias.

Doña Ana de Maldonado había nacido en Lima pero su padre, nombrado oidor de la audiencia de Santiago, debió viajar hasta este perdido rincón, trayendo consigo a la pequeña Ana, que recién había cumplido quince años y en cuyo joven pecho latía un corazón puro y bondadoso, el que enviaba señales inequívocas de su pureza a través de aquellos azules ojos soñadores y melancólicos. Sus rubios cabellos recordaban el oro que tanto entusiasmo a los hombres y su piel blanca y perfumada recordaba las imágenes de los ángeles que adornaban los muros de las iglesias.

Los días de esta doncella se amontonaban con pesada monotonía, en medio del ocio eterno que formaba parte de la vida de los aristócratas de la colonia.

Una tarde, después de rezar el rosario, Ana se acercó a su padre y luego de darle un cariñoso beso se sentó a su lado.

-Padre, ¿os puedo pedir algo?

-Lo que queráis, preciosa -dijo el bondadoso hombre que adoraba a su única hija.

-Padre mío, quisiera ocupar mis días en alguna actividad. No soporto estos larguísimos días sin nada que hacer. En Lima las monjas nos enseñaban algunos quehaceres domés-

ticos, como el bordado, pero ya sabéis que me resulta sumamente aburrido.

-¿Que quisierais entonces?

-Quisiera leer algunos libros santos.

-¡Lectura! -Exclamó el padre, alarmado-. No es conveniente que vosotras, las mujeres, leáis⁶.

-Ya lo sé, padre mío, pero es necesario que lo haga, pues si no moriré de aburrimiento. Dadme vos los libros que creáis convenientes.

-No. Haremos algo mejor –dijo el viejo-. Le pediré al obispo que os envíe un sacerdote para que os instruya en la palabra de Dios y en el catecismo.

-Os lo agradezco, padre. Me hacéis muy feliz.

Y luego de darle un beso se marchó, pensando en el universo que se le abriría muy pronto, ante las enseñanzas de las divinas historias y oraciones.

El obispo era entonces un hombre de gran carácter y muy estimado por su elocuencia. Al recibir la solicitud del oidor Maldonado se sintió muy contento de poder entablar una relación más directa con un hombre de su importancia y quién sabe, según se comentaba, próximo virrey. Así que puso especial cuidado en elegir a un sacerdote que fuera lo suficientemente sutil, instruido y cuidadoso como para acercarse a la hija del oidor.

Difícil fue aquella tarea, ya que por lo general los sacer-

6 La lectura estaba extremadamente limitada entonces. Ni siquiera existían imprentas en todas las colonias y, periódicamente, llegaba el “Índice”, dictado por la Iglesia, que incluía los títulos de las obras prohibidas las que, de no ser por ese mismo Índice, hubieran pasado absolutamente desapercibidas.

dotes eran hombres toscos, de costumbres algo bruscas y bastante vulgares en su trato. Luego de recorrer varias congregaciones encontró a un franciscano, conocido como fray Benito, que reunía los requisitos exigidos. Era instruido y hábil de palabra, de fino trato y delicado de gesto. Por su aspecto físico, delgado y algo demacrado, daba la idea de estar enfermo, pero como jamás se le había visto de otro modo, nadie le daba importancia.

Por orden del obispo tomó a su cargo la educación de la doncella. Desde el primer momento Ana quedó prendada de aquel monje de negros ojos soñadores, de rostro espiritual y que, con voz profunda y melodiosa, le relataba la vida de santos y beatos.

«No es fácil explicar —leía el monje— el gozo de San Eustaquio y de Santa Teopiste, cuando se vieron despojado de todos sus bienes, sin otro título y dictado que el de los pobres de Jesucristo y como desterrados de Italia, donde tantas veces habían sonado las aclamaciones por las victorias que el general Plácido había conseguido...»

Como fray Benito dejara por un momento la lectura para meditarla, Ana le observaba absorta en la finura de las líneas de su rostro, fija la mirada del cura en el cielo limpio y eterno, adquiriendo aspecto angelical de esa forma, a pesar de su barba, negra, salpicada de rojos pelillos que centellaban al sol.

Al notar el decaimiento de su alumna, fray Benito cerró el libro con cierta brusquedad lo que sacó a Ana de sus absorciones románticas que deambulaban por zonas prohibidas. Había estado transportada por un delicioso sentimiento

que hacía latir su dulce corazoncito en ese pecho que adquiría las formas propias de la mujer. Una pena honda la embargaba al constatar que entre ella y él existía una túnica de rústico saco que era como un muro infranqueable; aquel trapo tenía para ella más peso que la catedral y más dureza que una armadura.

-Veo que estáis distraída, pequeña -dijo el monje.

Ana le miró con los ojos más puros que el sacerdote pudiera imaginar. Sin embargo era incapaz de notar en ellos el amor que navegaba en ese azul océano de desesperación.

Fueron pasando los días y languideciendo la muchacha hasta que pensó su padre que había enfermado. No comía casi, de noche no dormía y de día solo vivía para el momento en que llegara su instructor, junto al cual sonreía sin poner la menor atención en sus lecturas.

Una tarde fresca y olorosa en que las brisas del sur traían el delicado aroma de los espinos, Ana no pudo resistirlo más y tomando una mano del monje la besó y la pegó a su rostro. Fray Benito, perplejo ante aquella inusitada demostración de cariño, le correspondió acariciándole la cabeza. Ana levantó la mirada, clavó sus ojos en los del monje y mientras los suyos se llenaban de lágrimas, exclamó:

-¡Os amo!

Fray Benito dio un brinco espectacular. Ya de pie, miró aterrado a aquella muchacha que, desde el suelo, le observaba con un dolor terrible pintado en el rostro. No pudo sino sentir compasión por aquella criatura cuyos sentimientos comenzaban a nacer y, recapacitando, pensó que no era conveniente hacerle notar el amor sacrílego que ella sentía

sino muy de a poco, para evitar que la pobre muchacha sufriera un colapso, tal como lo anunciaba su mirada,

-¿Os dais cuenta de mi condición? –Preguntóle fray Benito.

Ana agachó la cabeza.

-Os debe parecer monstruoso lo que os he confesado pero vos mismo me habéis enseñado a no mentir y esa es la verdad –explicóle ella-. Os amo, con tierno amor, con dulce amor. En cada instante os llevo en mi pensamiento y mi cuerpo os llama constantemente.

-¡Callaos! Estáis poseída. ¿Cómo es posible que una pequeña como vos pueda sentir todo aquello?

-Ya no soy una pequeña. Soy una mujer y siento como tal. Y sé que mis sentimientos no son malos ni dañinos, sino solo el objeto de estos.

-Muy bien lo habéis dicho -exclamó él- y pienso que debemos poner término a estas lecturas.

-No. No me abandonéis. Por Dios –rogóle ella.

-No pongáis a Dios en esto que mas toca al diablo –exclamó fray Benito-. Y creo que lo mejor es que no nos volvamos a ver. No creo que nos convenga, a ninguno de los dos, continuar con esta situación.

Ana lloraba. Fray Benito se arrodilló junto a ella e intentó consolarla. Inadvertidamente puso su mano en uno de los desnudos hombros de la muchacha sintiendo un extraño calofrío, retirándola de inmediato. Aquella piel suave y tersa, delicada como una flor, le había enternecido.

Aquella sensación le alteró. No pudo fray Benito soportarlo más y se marchó dejando a Ana sumida en el dolor más

terrible que un ser humano puede sentir: el del primer amor desdichado.

Pasaron los días y fray Benito no volvió a casa del oidor Maldonado. Ana le lloraba todo el tiempo.

Un día la niña decidió que tomaría la iniciativa al respecto y pondría al monje entre la espada y la pared. A través de su criada averiguó que el sacerdote tomaba confesión todas las tardes en la iglesia de la orden. Con la autorización de su padre y acompañada de su criada partió Ana rumbo a la iglesia franciscana⁷ y luego de persignarse en la entrada, cayó de rodillas en el confesionario, segura de que su amado se encontraba allí, como todos los días.

Esa precisa tarde fray Benito se había ido temprano, pues se le había solicitado que ayudara a algunos indios enfermos en una encomienda cercana. Quién se encontraba en el confesionario era nada menos que el señor obispo, el que había ocupado aquel lugar con el fin de dormir una siesta.

Ana, luego de arrodillarse, dijo en un murmullo:

-¡No digáis nada! Yo lo diré todo.

El obispo, que no esperaba confesiones ni mucho menos una que comenzara de forma tan perentoria, se quedó tieso como un poste.

-Os amo -continuó Ana-. Os amo con todo mí ser y no permitiré que me rechacéis. No puedo aceptarlo. Si me rechazáis, ya no podré seguir viviendo, pues prefiero las llamas del infierno eterno que vivir en este otro, que el estar sin vos a mi lado. Os espero esta noche. La ventana de mi cuarto da

7 Sin duda la Iglesia de San Francisco en la actual Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins.

al callejón de las carretas. La dejaré sin cerrojo para que podáis entrar. Si no vais, me quitaré la vida.

Y ahogando un llanto que le subía por la garganta, se puso de pie y se dirigió a la puerta. El obispo, que había escuchado todo aquello sumido en el terror, pensaba en cómo era posible que a su edad despertara tamaños sentimientos en una mujer. Descorrió levemente la cortinilla del confesionario y miró a la voluntariosa mujer, reconociendo a la hija del oidor.

—¡Santo cielo! —exclamó estupefacto—. ¡Qué atrocidades suceden hoy en día!

Se tomaba la cabeza pensando en cómo podía haber sucedido algo así. Salió de la iglesia y comenzó a caminar por las calles, tratando de ordenar sus ideas. Así fue pasando el tiempo y casi sin notarlo se hizo de noche. Tampoco notó, al parecer, que su vagabundeo le había llevado precisamente a casa del oidor Maldonado. Miró el callejón donde se guardaban las carretas y al poner atención en las ventanas vio una que estaba entreabierta.

Entonces el obispo pensó que si bien era gran pecado para un sacerdote tener contacto carnal con una mujer, especialmente si era una doncellita tan pura, fresca y virginal como aquella, peor pecado era no asistir a un necesitado cuyo dolor era de tal magnitud que podían llevarlo a quitarse la vida y condenarse así al fuego eterno. Sopesó ambas cosas y, acercándose a la ventana, la abrió y se encaramó para introducirse a la casa.

Dos tiernos brazos le recibieron en medio de la oscuridad. El perfume de la juventud enamorada, de la dicha y de

la satisfacción envolvió al viejo sacerdote, el que, oculto en la negrura de la habitación, fue confundido por la doncella con su amado fray Benito, abandonándose al intruso.



La historia no termina aquí, pues queda la peor parte. En el preciso instante en que el obispo se introducía por la ventana, fray Benito, que todas las noches se paseaba frente a la casa de la muchacha, a la que había comenzado a amar en

silencio, llegó al lugar de su guardia. Poco a poco habíase despertado en él un sentimiento de ternura que mudaba peligrosamente hacia el deseo, movido sin duda por la intervención del demonio. Y cuál no sería su sorpresa al ver introducirse en la alcoba de su amada nada menos que al obispo, y ser recibido en los brazos amorosos de la doncella, cubierto de besos y caricias. Entonces sintió que enloquecía. Por un momento pensó entrar a la casa, despertar a todo el mundo y demostrar la clase de demonio que era aquella arpía de rostro angelical. Pero, abatido, decidió al fin irse a su celda donde, luego de llorar desconsoladamente durante varias horas, ató la cuerda de su sayal a una de las vigas del techo, y se colgó.

Al día siguiente, cuando la noticia se corrió por la ciudad, llegó también a oídos de Ana. En principio no quiso creerlo. ¡Si había estado con ella toda la noche, hasta las primeras luces del alba...! Pero luego recapacitó. Pensó que todo había sido su culpa, que ella, por esa pasión incontrolada, le había obligado a cometer aquel vil pecado. El pobre sacerdote, angustiado por los remordimientos, había decidido quitarse la vida.

No podía Ana soportar aquello. Su amado muerto y por su culpa. Entonces sacó de la despensa el veneno que uno de los indios preparaba para las ratas y bebió el frasco entero.

Fue el propio obispo quién dijo las últimas palabras sobre las tumbas de los dos infelices enamorados. Ya en ese momento había comprendido todo el asunto; él había sido un intruso que la casualidad -o la fatalidad- había metido allí.

Y su pecado era más terrible que el de aquellos muchachos.

Luego de los funerales, en los cuales toda la ciudad lloró a los dos jóvenes, el obispo renunció a su obispado y decidió ingresar a un monasterio trapense, obligándose a guardar silencio así sobre su imperdonable crimen, donde permaneció hasta el fin de sus días.

BREBAJE DE AMOR

La señora de Manuel de Ballesteros, doña Rosa Miranda de Ballesteros, tenía gran diferencia de edad con su marido. Mientras él ya había andado la mayor parte de su vida y entraba a la recta final de los sesenta años, doña Rosa apenas comenzaba su vida a los diecinueve exquisitos, pletóricos y candorosos años.

El matrimonio habíase concertado entre don Manuel y el padre de ella, Antonio de Miranda y Clavijo. Rosa llevaría una dote de doce mil pesos, más cuatro vestidos⁸. Pero lo único que aportó finalmente fueron los vestidos, ya que los doce mil pesos, aunque se dieron por pagados, jamás llegaron al arca de don Manuel a quién le interesaba, más que nada, lograr por una parte vinculo con una familia distinguida y, por la otra, tener a quién dejar su hacienda de Lonquén y su casa de la capital que, aunque modesta en su exterior, era reputada como riquísima en su interior.

Claro que los veranos ambos esposos preferían las fres-

⁸ Este puede parecer absurdo, pero en esa época los vestidos de fiesta de las señoras eran generalmente ornados con piedras preciosas e hilos de oro y plata, por lo que eran de considerable valor.

curas del campo al polvo de la ciudad. Por esa razón echaban todo lo necesario en varias carretas y partían rumbo a la hacienda, cuya casa era fresca y comfortable, de un piso y con grandes patios sembrados de perfumadas flores.

Don Manuel era lo que se llamaba un «buen hombre»; jamás negaba su ayuda a nadie, aunque siempre, de una otra manera, se cobraba los favores. Participaba en todos los eventos religiosos y sociales, colaboraba en las obras de bien público y hasta había adquirido un par de negras jóvenes que no necesitaba, sólo para evitarles el tener que irse a Lima, ya que las esclavas estaban acostumbradas a vivir en este reino, pero como su dueño había fallecido, ambas habían salido a la venta. Claro que don Manuel veía en ellas a dos buenas hembras procreadoras de negritos, por lo que no le pareció una mala inversión después de todo.

Las dos negritas saltaban en un pie de contentas y partieron rumbo a la hacienda donde asumirían funciones de criadas de Rosa, quién les enseñaba sus nuevas labores.

Por su parte, Rosa era una mujer gentil que irradiaba alegría de vivir. No era pretenciosa y su marido la admiraba, especialmente, por ser muy ahorrativa. Ella se quejaba de la avaricia de su marido pero solo lo hacía como un rezongo sin importancia. Lo que realmente le importaba no lo comentaba con la servidumbre.

Porque el gran problema que la molestaba de continuo era la forma tan radical y definitiva en que se había enfriado don Manuel. Una semana después del matrimonio, en plena luna de miel, el hombre disparó su último petardo y ahora, luego de dos años, no había vuelto ella a vivir los placeres

conyugales como Dios manda. Aquello la mortificaba sobremanera pues siendo mujer joven e impetuosa, necesitaba disipar sus ardores de vez en cuando. Más aún, le preocupaba cuando se sorprendía a sí misma observando los musculosos dorsos desnudos de los peones, y la frente se le perlaba de sudor. Entonces corría a mojarse la nuca y a rezar algunas oraciones para disipar aquellos pecaminosos pensamientos.

En cierta ocasión recibieron la visita muy grata de unos vecinos muy queridos, los Lazcano del Valle, quienes llevaron varios presentes entre los cuales se contaban varios cerdos, un vacuno muy robusto de tierna carne, varias aves y frutas. Eso significaba que estarían de visita largo tiempo, por lo que prepararon habitaciones para los recién llegados.

Rosa estaba encantada ya que aquella visita le permitiría conversar con alguna señora asuntos propios de su rango y su sexo, y especialmente de esto último.

Una tarde la charla entre las dos mujeres derivó precisamente hacia las características de su matrimonio. La señora de Lazcano del Valle comentó que en diez años de matrimonio, y a pesar de llevarle su marido notable ventaja en la edad, se distraían muy bien y periódicamente, conyugalmente hablando.

-En su caso debe ser aún más frecuente -dijo la visitante a Rosa- considerando su juventud. Seguramente don Manuel no le deja tranquila, si me perdona la indiscreción.

Rosa no sólo se la perdonaba, sino que se la agradecía pues le daba la oportunidad de desahogarse.

-Debo ser sincera con usted, amiga mía -le confesó-. La verdad es van ya dos años que mi marido no hace uso de sus

prerrogativas.

-¡Dos años! -Exclamó la visitante con una expresión de horror en el rostro-. ¡Eso es monstruoso!

-Lo mismo pienso yo -dijo Rosa-, pero, ¿qué se le va a hacer?

-Pero diga, Rosa, amiga mía, ¿no le incentiva usted?

Rosa le miró con los ojos redondos.

-¿Incentivarlo? Todas las noches me pongo mi más provocativo camisón, suelto mi cabello que puede usted notar que es hermoso, aplico algunos afeites a mi rostro para que luzca más atractivo y hasta le doy a él un vinillo para provocarle alguna reacción. Invariablemente él se mete en la cama y al minuto ronca como pirata ebrio.

-¡Santo cielo, queridita mía! Que terrible debe ser para vos que os hayan abandonado vuestras tiernas profundidades. Que soledad debéis llevar bajo el vientre.

-¡Imaginaos!

La señora de Lazcano del Valle se acercó a Rosa y le dijo casi al oído:

-¿No habéis intentado algún brebaje?

-¿Brebaje? Bueno. El vinillo dulce dicen que tiene poderes afrodisíacos. También le condimento las comidas con mucho ajo; pero aunque apesta a alioli avinagrado no se produce en él ninguna reacción ni se levanta ninguna esperanza.

-No, señora mía. Me refiero a un «brebaje de amor»

Rosa la miró con terror.

-Pero, ¡eso es brujería! ¿Queréis terminar en la hoguera?

-Pero, ¿por qué, querida mía? ¿Acaso no me habéis dicho

vos misma que intoxicáis a vuestro anciano marido con ajos y vinillos y otras yerbas?

-Pero es muy distinto...

-No. No lo es. Para nada de distinto. Estos brebajes que os menciono se preparan con elementos tan naturales como el ajo, el vino y demás yerbas.

-¿Y vos, los usáis? -Inquirió Rosa ya interesada.

-Cuando mi dulce regalito no quiere levantar la cabecita, basta con un pequeño sorbito y responde como un regimiento de dragones del rey en medio de una batalla.

-¿Vuestro marido lo sabe?

-¡Claro que no! Si lo supiera se atormentaría de averiguar que necesita de tales artilugios para conseguir realizar las obligaciones conyugales. Los hombres son unos brutos muy delicados en lo que a esta materia se refiere.

Rosa tomó una de las manos de su amiga.

-Señora mía, ¡sois mi salvación! No sabéis lo difícil que ha sido para mí mantener la fidelidad a un marido que ya no combate. Es como serle fiel a un rey muerto, y ya sabéis que «a rey muerto, rey puesto». Y en mi caso, bien muerto está.

-¿Deseáis probar dicho brebaje?

-¡Os lo imploro!

-En ese caso, ¡tomad! -Dijo y le entregó un frasquito pequeño con un líquido dorado como el oro-. Dadle unas gotitas con el vino cada vez que queráis que os den guerra.

-¡No imagináis la gratitud a que me comprometéis!

-No es nada, amiga mía. Entre nosotras debemos ayudarnos en estas circunstancias, en especial cuando somos jóvenes y nos vemos obligadas a contraer matrimonios con

vejetes en sus últimos despachos.

Al día siguiente las visitas se fueron de su casa. Ambas amigas se despidieron cariñosamente, asegurándole la señora de Lazcano del Valle que si necesitaba más brebaje en el futuro, se lo hiciera saber y de algún modo se lo enviaba. Que no se preocupara que otras mujeres lo supieran, ya que la mayoría de las señoras de la capital encabritaban sus opacos maridos con tales artes.

Aquella noche Rosa preparose con tiempo. Se puso su más coqueto camisón, desabotonándole el cuello lo que hacía que sus senos casi escaparan del pudor. Soltó su hermoso cabello sobre sus hombros y después de perfumar el lecho echó unas gotitas de brebaje en la copa de vino que todas las noches bebía don Manuel. Pero encontró que era ínfima la



cantidad comparada con el tiempo transcurrido y la deuda acumulada por lo que aumentó la dosis, echando la mitad del frasco.

Don Manuel entró a la habitación, como todos los días, vestido con un grueso camión, un gorro de lana y una palmaria con una vela encendida en la mano. Se acercó al lecho y miró con ojos soñolientos a su joven mujer que le miraba con los ojos brillantes de picardía. El vejete se metió en la cama, tomó la copa y la bebió de un sorbo como acostumbraba. Rosa le observaba atenta. De pronto don Manuel sufrió una convulsión espasmódica, dio unos tiritones y mirando a su mujer le sonrió con aquella sonrisa que ella tanto añoraba.

-Al fin, amor mío. -Dijo ella abrazándolo.

No podía creer que aquel brebaje fuera tan rápido en su efecto. Tampoco que tuviera tanta potencia ya que ni en sus mejores tiempos don Manuel había logrado tan sólida rectitud.

Después de un buen rato de placentera lucha, de haber recobrado la cordura conyugal, Rosa se durmió como entre nubecitas, rodeada de ángeles que pulsaban dulces liras. Suaves canciones inundaban su cerebro y cayó en un sueño profundo y reconfortante.

Al cabo de algunas horas despertó e inmediatamente sintió deseos de conyugalizar otro poco, pero al estirar la mano pudo comprobar que don Manuel no se encontraba en el lecho. Al prender la bujía notó que no estaba en el dormitorio. Preocupada por aquella irregularidad tomó la candela y salió de la habitación en busca de su marido. Escuchó ruidos

en la habitación de la servidumbre. Se asomó sigilosamente y la visión casi le provocó un desmayo. Su don Manuel montaba con violencia inusitada a una de las criadas negras, la que dada sus manifestaciones, no estaba para nada molesta por la situación. Al poner mayor atención vio que en el suelo dormía profundamente la otra criada. Rosa pudo notar que aquella muchacha mostraba también señales de haber sido atacada carnalmente.

Corrió a su dormitorio sin saber que pensar. De pronto recordó el brebaje. Su amiga le había dicho que pudiera solo unas gotas y ella, en su desesperada necesidad, le había echado medio frasco. Era su culpa que don Manuel se hubiera convertido en un potro indomable.

La puerta se abrió de golpe y Rosa vio aparecer a su marido. Estaba completamente transfigurado. Su rostro y su cuerpo chorreaban sudor. Sus labios enseñaban una mueca depravada que trataba de ser una sonrisa.

Rosa retrocedió pero chocó con uno de los pilares del gran lecho. Entonces don Manuel la aferró de una muñeca con una mano, mientras con la otra le arrancaba el camisón violentamente. Ella intentó soltarse, pero el anciano la cogió por la cintura y la atrajo con fuerza. Entonces sintió que la consumación era inevitable y se abandonó, recibiendo la generosa y ardiente virilidad de su marido.

Nunca tanto placer le había recorrido el cuerpo, desde el pelo hasta las uñas de los pies, por lo que al final quedó en un suave desmayo. Se sentía flotar cuando un grito la sacó de su sopor. Se levantó del suelo donde había quedado, se colocó un manto y corrió fuera del dormitorio. Una de las

criadas negras le dijo:

-¡Es en el granero, amita!

Rosa corrió fuera de la casa, entró al granero y se dirigió al lugar de donde provenían los gritos. Era la mujer del capataz que todas las mañanas acudía a ordeñar las vacas. Estaba totalmente desnuda, gritando y mirando sobre el pajar. Rosa miró en esa dirección y vio a don Manuel.

Estaba tieso, con los ojos y la boca abierta, las manos en el pecho. Su corazón no había resistido y había explotado. Todos bajaron la vista hasta su masculina prolongación la que permanecía enhiesta como una torre. Poco a poco la torre se comenzó a inclinar hasta derrumbarse por completo. En ese momento pudieron comprobar que don Manuel había exhalado su último suspiro.

Dicen que doña Rosa Miranda de Ballesteros vivió una vida virtuosa y casta hasta su último día.

EL CONSUELO
DE LA VIUDA

A pesar de existir un permanente control de la moralidad pública por parte de la Iglesia y del Gobierno Civil castigando con penas terribles a los infractores, era muy común que los aburridos ciudadanos las infringieran. Más aún, lo hacían con tanta frecuencia que la mayoría de las veces quedaba en el silencio, excepto cuando trascendía a los niveles del escándalo o cuando algún afectado marido, sin temor de ser tomado por un cornudo, hacía público el adulterio su mujer⁹.

En esta recopilación de hechos -todos ellos ciertos- que me propongo realizar con ayuda de la Divina Providencia, quedarán asentados para la historia -o la chismografía- de la realidad de la vida cotidiana durante el transcurso de la dominación española en el Reino de Chile.

El relato que encabeza esta colección se refiere a una pobre mujer a quién quiso el Señor llevarle su marido, un

⁹ Sobre este asunto, pueden remitirse a los antecedentes acumulados por los hermanos Amunategui, quienes escarbaron profusamente los archivos en busca de casos de esta naturaleza, entre otros. Famoso fue el caso de don Joaquín Toesca, quien denunció públicamente a su mujer de ponerle los cuernos. N. del E.

hombre no muy joven pero muy cariñoso y amante de su joven esposa. No faltaron, por supuesto, las malas lenguas que acusaban a la pobre señora y viuda de ser la culpable del fallecimiento del marido, cosa que no podía ser más absurda. El hombre había pasado la cincuentena y eso era motivo suficiente para morir.

Cierto es que era la señora sumamente ardiente, según lo comentaba la servidumbre, y a veces encerraba a su marido días enteros, teniendo el pobre hombre que huir por la ventana, en paños menores, aprovechando un sueñecito de la mujer. Esta, por su parte, le fue siempre fiel mientras duró el matrimonio.

Como era costumbre en los casos de fallecimiento de algún notable de la ciudad -y considerando lo escaso de la población, cualquiera que tuviera una casucha era notable- la Audiencia decidió enviar un emisario oficial para dar a la viuda el pésame correspondiente. Recayó dicha penosa gestión en el oidor Solórzano, hombre ya mayor, aunque vigoroso y enérgico.

Aprovechando esa misma tarde que no tenía nada que hacer al bajar el sol, partió rumbo a la casa de la viuda a cumplir con su triste misión. Al llegar tuvo la ocurrencia mirar al interior a través del cerrojo de la puerta con el fin de precaver si pudiese ser recibido, pero no logró ver persona alguna. Decidió, entonces, llamar a la puerta para anunciar su llegada, cuando escuchó quejidos y lamentos. Dudó un instante al pensar que sería ingrato interrumpir a la doliente en momentos en que sufría su pena sin impedimentos, en la soledad de su hogar. Pero una voz masculina llamó su aten-

ción.

-Consolaos, querida señora. Consolaos.

Aquella voz le pareció conocida pero no la pudo identificar. No quiso interrumpir aquella situación sin saber quién era aquel noble caballero que tanta preocupación mostraba ante el dolor de la viuda. Volvió el oidor a la observación por el ojo de la cerradura y buscó un ángulo que le permitiera ver a la visita. Y lo logró.

Pero no era lo que él pensaba. La viuda se encontraba sentada, abrazando con sus piernas desnudas a su acompañante por la cintura, quién se encontraba de espaldas a la

ventana, por lo que Solórzano no pudo reconocerlo. La situación era clarísima: el joven imponía su virilidad a la viuda, la que se quejaba no precisamente de dolor.

Ante aquella visión, el oidor lanzó una soez exclamación que acalló poniéndose una mano en la boca. Se retiró de la ventana y estuvo



un momento parado sin poder creer lo que había visto.

-Soportáis vuestra pena con gran entereza... -escuchó que decía aquel individuo.

Volvió el oidor a mirar por la rendija y vio que el caballero había tomado a la viuda en sus brazos, la que seguía abrazada con sus piernas a la cintura del galán, yendo éste a sentarse en una silla donde la viuda se abandonó totalmente a las delicias de la diabólica naturaleza.

Retirose el oidor de su observatorio y sin saber que hacer se quedó parado en aquel lugar, atontado aun ante la visión herética, blasfema, de aquella pareja que tenía la desvergüenza de faltar al séptimo mandamiento sobre el cadáver aún tibio del marido. Está bien aquello de que los muertos no deben ser una carga para los vivos, pero esto era demasiado. No cabían dudas ya que esa mujer era todo lo ardiente que se comentaba.

En esas meditaciones se encontraba Solórzano cuando sintió que se abría la puerta de la casa de la viuda. Ocultose y vio salir la sombra del caballero que tan poco acostumbrado pésame había ido a entregar. Cuando la sombra hubo alejádose, pensó el oidor que nada perdía con pasar a cumplir con su obligación y sin discurrirlo mucho golpeó la puerta la que se abrió prontamente, pasando al interior.

Tuvo la ocurrencia de pasar por allí el propio Gobernador, camino a su hogar, con el fin de averiguar si Solórzano había cumplido con el encargo de la audiencia. Se acercó a la puerta y también decidió, sin ninguna mala intención, mirar al interior antes de llamar. Vio en ese momento que la mujer se encontraba de bruces sobre el ataúd donde yacía el cadá-

ver del marido; la pobre se quejaba y condolía.

-Resulta lamentable que una mujer tan joven- se dijo el Gobernador- pierda a su marido. ¡Cómo sufre la pobrecita!

Y disponiéndose a entrar en la casa echó una última mirada por la rendija. Al tener una visión más panorámica de la situación vio que la viuda encontrábase brucees pues el oidor Solórzano le había levantado las faldas y se encontraba tras ella, descargando su virilidad.

-¡Santo Cielo! -Exclamó el Gobernador turbado ante visión tan escandalosa.

Pero su turbación mudó en ira y, encasquetándose su sombrero hasta las orejas, se alejó de allí con paso forzado rumbo a la audiencia, donde ordenaría una inmediata reunión general,

Dos horas más tarde se encontraban todos los oidores presentes, incluido Solórzano quien presentaba una satisfecha sonrisa en su rostro. El Gobernador le miró con desprecio y golpeando la mesa, llamó a silencio.

-Señores, -dijo en tono solemne- ha sucedido un hecho inaceptable en nuestra comunidad y considerando que soy el representante del rey en este lugar y como tal debo velar por la moralidad de sus súbditos, me veo en la obligación de denunciar aquí mismo dicha circunstancia. No puedo permitir que se relajen las costumbres y que, más grave aún, se caiga en actitudes depravadas. Me refiero, por supuesto, a la viuda de Guzmán...

En ese momento todos los oidores pusieron de pie.

-¡Perdonadme, señor...! -exclamaron en coro.

Inmediatamente se miraron asombrados unos a otros y,

al darse cuenta de lo sucedido, y sin poder contenerse, soltaron estruendosa carcajada. El gobernador, boquiabierto, había comprendido la situación y le parecía increíble. De pronto se puso de pie y colocándose su capote, se dirigió a la puerta.

-¿A dónde vais, señor? -preguntó el oidor Solórzano.

-A darle mi más sentido pésame a la viuda. ¡Qué va!

Y diciendo esto salió entre los entusiastas aplausos de los oidores.

LA MONJA Y EL DIABLO

Dudo que el lector haya oído jamás historia como la que voy a relataros, puesto que resulta imposible que se conozca algo similar en toda la cristiandad. Es una historia singular donde la ternura y la tragedia, la maldad y la bondad van de la mano, como lo van también la gula y la diarrea.

Había en Santiago¹⁰ por los años finales del 1600, una monja muy famosa por su beatitud llamada sor María de los Ángeles. Unía esta bondadosa hija de Dios a su alcurnia de elevado copete, una humildad digna de Santa Isabel de Hungría -aquella que bebía la pus y la porquería que recogía de los enfermos- y una belleza digna de Afrodita al despertar de su sueño sobre las aguas del océano, flotando sobre una concha de ostión, en medio de las espumas.

Tenía dicha señora fama de santa pues siempre se la veía orando o ayudando a los más pobres -que eran los más- a pasar las penas de su miseria. Juntábales ropas y alimentos, trapitos con los que confeccionaba prendas con sus delica-

10 Capital del Reino de Chile.

das manos y panes que amasaba y horneaba en el convento, destinados a mitigar el hambre de los menesterosos que eran diaria procesión.

Tanto era el prestigio de aquella noble dama que hasta de Lima y Buenos Aires acudían los nobles a besar su santa mano y a pedir sus bondadosos e inteligentes consejos. Resultado de ello, se comentaba que aquella monja celestial, amén de su gran belleza y sublime palabra, era de una bondad impropia de este cochino mundo.

También había en la ciudad una juventud aristocrática cuya característica principal era la ociosidad, la madre de todos los vicios -aunque no puede negarse que ha parido algunas hijas hermosas-. Estos jóvenes inquietos, prepotentes y galantes eran, por razones propias de su juventud, sumamente irreverente e irrespetuosos con las cosas de importancia de este mundo, lo que es común a toda juventud en todos los tiempos. Gastaban sus días en borracheras y pendencias, muchas de las cuales tenían criminal fin, impune, claro, para aquellos malandrines de noble cuna.

Una tarde, aburridos de no tener nada que hacer, tres amigos se juntaron con un cuarto compañero de aventuras, un fraile franciscano muy amigo de las bromas pesadas.

-Días como éste son terrible de pasar -dijo Manuel de Olmedo, hijo de un regidor-. Sin tener alguna diversión es para mí como el infierno mismo. Peor aún, como el purgatorio.

-No juguéis con aquellas cosas -dijo fray Jacobo- que bien puede suceder que os encontréis con el diablo.

-¡Suceso aquel digno de ser vivido! -exclamó Miguel de

Andueza, otro amigo.-. Imaginaos la de insignes ideas que tendríamos para nuestra diversión.

-No es materia de diversión el diablo, amigos míos - insistió fray Jacobo.

-¿No me digáis que le teméis? -le preguntó atrevidamente don Manuel.

-Obviamente mi querido amigo -contestó el fraile-. Debo confesaros que ya he tenido mis encuentros con ese fétido engendro...

-¡Contad! -gritó entusiasmado Gabriel de Figueroa, el más atrevido de todos-. El conocer al diablo debe ser singular experiencia.

-No. No me comprendéis. No he tenido encuentros con él, sino «en» él.

-¿Cómo?

-Me ha poseído en algunas circunstancias.

-¡Vaya, vaya! ¿Y que habéis hecho en aquellas?

El fraile se sonrojó.

-Vos lo imagináis. El maligno me arrojó de bruces a las pecaminosas faldas de una mujer.

Los amigos soltaron una sonora carcajada.

-¡Mirad! ¡Oíd! -exclamaban gustosos-. Este fraile no es más que un fornicante como nosotros.

-No. No me comprendéis -defendióse fray Jacobo-. No era yo sino el maligno.

-Claro -dijo Gabriel-. Y diréis también que no fue vuestra proa la que exploró las femeninas cavidades, sino la del propio Satanás. ¡Imaginaos tamaña verga que ha de poseer!

Los muchachos reían hasta desternillarse ante los rezon-

gos del fraile, el que optó por sumarse a la alegría, antes de pasar por tonto grave.

-“Nuestro cura favorito -cantaban a coro los muchachos- lo ha probado un poquito”.

-¡Terminad, que me avergonzáis, amigos míos! -dijo por fin el fraile-. Comprended que no soy sor María de los Ángeles, cuya pureza todos conocéis.

-Así es –secundole Manuel-. Nunca hubo en este continente monja que fuera tan perfecta como aquella. La bondad, la belleza y la sabiduría se han unido en aquella noble hija de Dios para beneficio del género humano.

-Ya lo creo. Dicen que su bondad es tan grande que podría convertir al diablo con solo tocarlo –comentó fray Jacobo.

-Llevémosle a nuestro fraile querido; quizás lo logre exorcizar –propuso Miguel.

-No juguéis con esto, amigos míos –reclamaba en joven cura.

Gabriel había permanecido en silencio pues en su mente se había agitado una diabólica idea.

-¿Decís -dijo suavemente, como meditando- que sor María de los Ángeles es extremadamente bondadosa?

-La más bondadosa. ¡La bondad misma!

-¿En que estáis pensando, Gabriel?

El aludido sobábase la barbilla en la cual comenzaban a insinuarse los signos de la madurez.

-Creo que podemos realizar nuestra más grande diversión si tenéis el valor de secundarme -comentó.

-Decidnos de qué se trata –quiso saber Miguel.

-Escuchadme. Os voy a hacer una apuesta, pero importante –les desafió Gabriel-. Algo que valga la pena. Digamos, ¡cien pesos!

-¿Cien pesos?

-¿Y de dónde vamos a sacar dicha suma?

-Estáis locos -dijo fray Jacobo.

-No. Escuchadme –insistió el tunante-. Si vosotros ganáis, yo os daré cien pesos a cada uno, pero si la suerte me favorece, vosotros me daréis cien pesos entre todos.

-¡Pero eso es una fortuna! -exclamó el fraile- ¿De dónde crees que un franciscano la puede conseguir?

-El desafío lo requiere.

-Veamos de qué se trata -dijo Manuel.

Gabriel se paseó por la habitación y dijo:

-Voy a seducir a sor María de los Ángeles.

-¡Blasfemáis! -grito fray Jacobo.

Los otros dos amigos le miraban con el rostro de incredulidad de quienes no están convencidos de haber oído lo que han oído.

-¿Seducirla?

-¿Estáis demente?

-Eso es. Demencia. El calor os ha cocinado el seso.

-No. Hablo muy en serio –insistió Gabriel-. La voy a seducir y vosotros me ayudareis.

-¡Cómo!

-Algo que dijisteis me dio la idea. Dijisteis que podía convertir al diablo con solo tocarlo. Pues bien, iré disfrazado de demonio y ella habrá de tocarme para convertirme.

-Pero vos dijiste “seducirla”.

-¡Exacto! Aquella hermosa monja será mía a lo menos por una noche.

-¿Y cómo sabremos que aquello sucedió?

-Porque os traeré alguna íntima prenda que no sea posible adquirir sino ante la total desnudez.

-¡Me parece una locura! -exclamó el fraile.

-¿Deseáis retiraros?

Todos guardaron silencio al ver los ojos de Gabriel rebozantes de seguridad y decisión.

-Bien -dijo Manuel-, yo voy.

-También yo -dijo Miguel con seguridad.

-Dios me perdone -exclamó el fraile-, pero no voy a perderme esta aventura por nada. Contad conmigo.

Todos se felicitaron por el acuerdo y comenzaron a planear el evento.

-¿Cómo debéis vestiros para parecer un demonio?

-Conque vaya desnudo... -bromeó fray Jacobo.

-Nuestro experto en materias religiosas deberá asesorarnos en tan delicado asunto.

Fray Jacobo se sintió complacido de ser considerado alguna vez como centro de consulta y no de bromas.

-Francamente existen muchas versiones de cómo sería la forma de Satanás. La verdad es que no tiene una forma única sino que las asume con acuerdo a las necesidades.

-Pero habrá alguna que sea de más popular conocimiento.

-¡Oh! Por supuesto. La del macho cabrío, tomada de las griegas estampas de los faunos.

-¡Eso es! ¡El fauno! Es la que corresponde en este caso.

-Precisamente.

-¿Y cómo he de vestirme?

-Pienso que con algunas pieles de macho cabrío y unos cuernos, si es que no tenéis los propios.

-Y unas pezuñas en los pies.

-Perfecto... Perfecto...

Y así estuvieron planificando el disfraz para luego dedicarse a buscar los objetos necesarios y preparar al desafiante joven, armándolo con las pieles y los adminículos propios de un galante demonio que busca una caritativa pareja.

Lo hicieron subirse sobre una mesa y al vestirlo no pudieron negar que su estampa era terrible; los sucios pellejos cubrían su cuerpo deformándolo espantosamente y los grandes cuernos que pusieronle en la cabeza le daban un aspecto entre grandioso y terrorífico. Miguel tuvo la astuta idea de espolvorearle azufre y fray Jacobo agregó algunas onzas de orina de gato.

-Oléis como un demonio, sin duda -dijo Manuel.

-De eso se trata -dijo entusiasmado Gabriel.

Y cubriendo aquella espantosa apariencia con su capa y su sombrero, marchose a cumplir con su objetivo.

Encontrábase sor María rezando las oraciones de la noche cuando Gabriel, luego de haber saltado la tapia del convento, de haberse escabullido por los corredores y despojado de su sombrero y su capa, introdujose en la celda de la monja, colocándose a su espalda. Cuando la mujer hubo terminado sus rezos volviose y la impresión la dejó paralogizada.

-¡Virgen santísima! Dios mío, Cristo Jesús, señor, salvadme de esta visión espantosa.

-No os asustéis de mi apariencia - dijo Gabriel poniendo voz terrible-. He venido a suplicaros y no a asustaros.

-¿Suplicarme? Vos sois un monstruo, no hay duda, ¿qué queréis de mí?

-Más que un monstruo soy, señora. Si ponéis atención a mi aspecto podréis reconocer los estigmas de mi pecado.

En cuanto la monja hubo dado una corta mirada al disfrazado muchacho su rostro palideció y casi se desmaya.

-¡Santos los cielos! ¡Sois el demonio! Vuestro aspecto y vuestro olor así lo delatan.

-Exactamente, señora mía. Y he venido a suplicaros caridad.

-¿Caridad? ¿Vos? ¿El más pestilente y asqueroso de los seres? ¿El más vil y canalla de los creados por el Divino? ¿El...?

-Ya, basta, señora mía -le detuvo Gabriel al ver que la monja comenzaba una letanía sin fin-. ¿Vos creéis que es para mí una alegría recibir todos esos insultos? Donde ande,



donde me encuentre, siempre han de tratarme de vil manera.

-Vos así lo habéis fomentado.

-No lo niego. Pero no es mi culpa.

-¿No? ¿De quién entonces?

-Del Dios que tanto adoráis, señora.

-¡Blasfemáis contra el Creador!

-No. Pero, decidme, ¿no habéis meditado sobre cuál es mi origen? Decís que Dios es el creador de todas las cosas, por lo tanto ha sido también mi creador -filosofó el muchacho.

-Sin duda.

-Pero no como vos imagináis. Cuando Dios creó al mundo dejó en él todo lo bueno que existía en el universo, pero tuvo un problema: no sabía qué hacer con todo lo malo. Por lo tanto, me creó a mí, en quién depositó la universal maldad para no contaminar su perfecta creación.

«No pensó vuestro amado Dios en el terrible dolor que con ello me causaba, en la gran injusticia que en mí cometía, por lo que no quedome otra alternativa que descargar aquella maldad, repartiéndola por el mundo, con la esperanza de poder así, algún día, liberarme de ella y ser bueno y puro como fueronlo Adán y Eva antes que la serpiente les diera la manzana podrida.

«No sabéis, virtuosa señora, lo terrible que es vivir eternamente solo —continuó sollozando Gabriel—, odiado por todos, maldecido y vituperado por cada cosa que hago, cuando sólo lo hago por alcanzar la pureza.

-Reconozco que habláis con inteligencia y que de ser cierto lo que decís, sois digno de la mayor de las lástimas.

-Pero no quiero vuestra lástima, sino vuestro amor. Solo el amor de una mujer pura y virgen, de una santa, podrá redimir mi alma de tan pesada existencia. O por lo menos, hacerla más llevadera.

-¿Y me habéis buscado a mí?

-En todo el universo.

-Me halagáis. Muchísimo. Y me dais una gran pena, señor mío. Como alma caritativa, y como lo exige mi religión, no puedo negaros ayuda. ¿Y cómo he de negarle mi caridad a quién mas la necesita en todo el Universo? Absurdo sería rechazaros a vos que me necesita más que ninguno de mis pobres. Mayor será mi mérito al haber sido quién pudo redimir al mismísimo Satanás. Podéis hacer conmigo lo que queráis, que soy vuestra en alma y en cuerpo.

Y diciendo esto despojose de su sotana, dejando al descubierto el más hermoso, fragante, delicado y aterciopelado cuerpo de mujer que Gabriel jamás hubiera visto. Tanta fue su impresión, y de carácter más bien religioso que sensual, que no hubo en él reacción frente a aquella visión. La monja acercósele y tomando su apéndice pecador con sus delicadas manos, con maestría lo levantó a alturas que el mismo joven no creyó alcanzar jamás, para guardarlo luego en su pura y santa cavidad.

Al día siguiente acudieron los amigos a conocer el resultado de la entrevista. Gabriel dormía en su lecho con una tierna sonrisa en los labios. Despertáronse los traviosos compadres, incluido el fraile, y le exigieron un relato, el que encantado Gabriel les entregó.

-¿Y la prueba?

-Sí. La prueba -exclamaron todos.

-¡Maldición! -dijo Gabriel-. Fue tanta la pasión y la belleza del momento que olvidé completamente lo de la prueba. Pero no os preocupéis, que os la traeré mañana.

-¿Pensáis volver?

-Obviamente. Aquella delicia no se puede abandonar sino después de haber bebido de ella lo suficiente como para haziarse. Y recién le he dado una probadita.

Y acudió esa noche. Y la siguiente. Y las que siguieron a aquellas. Sin darse cuenta, Gabriel se enamoró perdidamente de la santa mujer y la conciencia comenzó a remorderle terriblemente. Soñaba con decirle la verdad, pero el sueño se transformaba en pesadilla, en la cual la veía a ella enloquecer ante la noticia, para después irse a encerrar en una chingana con una docena de indios borrachos y lascivos.

Se fue alejando de sus amigos, perdiendo el interés en las bromas y diversiones y sus días comenzaron a ser lentas esperas de la noche, único momento en que, en los cálidos brazos de su pura María, era feliz. Pero la mentira le atormentaba espantosamente, al extremo que comenzó a perder la razón.

Una noche ya no fue capaz de volver con su amada pues su conciencia no se lo permitía. Caminó sin rumbo sin darse cuenta del absurdo aspecto que le daba su disfraz. Y quiso la mala suerte que pasaran cerca de él un trío de indios borrachos que al ver tan extraño animal les atacó un apetito incontrolable. Uno de ellos reconoció en aquel animal el aspecto propio de un diablo de los cristianos, hecho que, lejos de atemorizarlos, les excitó aún más la curiosidad, por lo que

le dieron un macanazo y lo arrastraron hasta un bosque donde luego de hervirlo en una gran olla, se lo comieron.

Fue opinión unánime de los indígenas que los diablos cristianos eran muy enjutos de carne y muy desabridos.

Mientras tanto, sor María de los Ángeles desesperaba por la ausencia de su diabólico amante, al punto que ya no hacía ni sus oraciones, ni visitaba a los pobres. Un día despojose de su sotana, vistiose con una túnica de saco miserable y haciendo un pequeño bulto con sus escasas pertenencias perdióse en las montañas donde se estableció en espera de que fuera a visitarla algún día su amante, o que se la llevara al averno donde estar con él toda la eternidad.

Y cuentan que al cabo de unos meses tuvo sor María un hijo, el cual había nacido con extrañas deformidades, mostrando en sus pies durezas como las pezuñas de una cabra y en su frente dos protuberancias de ósea naturaleza.

LA CHINA ¹¹

¹¹ Nombre con que se denomina a la pareja de *huaso*, campesino chileno. Por extensión se utiliza en forma peyorativa para denominar a la empleada doméstica.

Era afán muy corriente de quienes venían a poblar estas duras tierras desde la península, el llegar aquí con lo puesto, comenzando con un minúsculo comercio que se iba acrecentando poco a poco con bastante esfuerzo. El destino final de dichos sudores era juntar lo suficiente para comprar casa donde fundar residencia y poder lograr así matrimonio con empingorotada señora que además de aportar dote cuantiosa, significaba entrar a puestos públicos generosamente remunerados con lo que podían iniciar feliz vida en la especulación de la pobreza y en la posterior adquisición de jugosa hacienda.

Este fue el caso de Pedro de Ávila quién, nacido en aquella ciudad española, de padre desconocido y madre que era mejor desconocer, optó por apellidarse con el nombre de su lugar natal. No tenía don Pedro muchas luces intelectuales ya que, fuera de saber escribir algunas notas fundamentales, desconocía todo lo demás referente a una buena educación. Sabía, eso sí, firmar con su nombre de manera correcta y elegante, lo que era suficiente para un hijodalgo y más aún para un advenedizo, y muchísimo más de lo que sabían las

mujeres a quienes prohibido estábales el saber escribir por ahorrar esquelas, de las que tanto gustaban usar, por ser demasiado caras y para evitar se cartearan con sus novios -las doncellas- o con sus amantes -las que ya no lo eran-. Por esa razón, y como la necesidad crea el órgano, nacieron las «niñas de razón» que servían para los recados, haciéndose cómplices de sus señoras al cumplir la tarea de repetir los mensajes del pecado. Decíase además que algunas de estas niñas sabían condimentar tan bien aquellas misivas orales que terminaban aprovechando los favores que sus amas ansiaban recibir.

Decía pues, que don Pedro de Ávila, natural de Ávila, al igual que muchos otros Ávila que poblaron las americanas tierras, pues parece que aquella fue población de mujeres generosas, logró luego de duros esfuerzos, alcanzar la coronación de sus sudores al contraer nupcias con una distinguida dama de la sociedad capitalina, conocida como Catalina García de Álvarez y Carvajal, cuyos apellidos son suficiente testimonio de su pureza de sangre. Pero esta señora tenía, a la sazón, más de cuarenta años, era fea como los siete pecados capitales y tenía un genio peor al de Moisés frente al becerro de oro. Esas eran las causas de que a esa altura no hubiera atrapado marido. Y tenían que ser sus defectos bastante graves pues considerando la escasez de mujeres que por ese entonces existía, resultaba extraña su soltería.

Haciendo la vista gorda -y de tripas corazón- a todos aquellos “defectillos” como le gustaba llamarlos, don Pedro contrajo los sagrados vínculos ante la alegría de los padres de dicha señora, los que no tuvieron inconveniente ninguno

en pagar subida dote al contado, quizás para no dar así pretexto a un divorcio.

La vida, lógicamente, no resultó muy grata a Don Pedro junto a aquella mujer la que, a fuerza de regaños y malquerencias había logrado agriarle el genio también a su marido. Éste, con paciencia inaudita, esperaba que en alguno de sus arranques de furor la odiosa esposa tuviera un ataque de apoplejía y se fuera a estropearle el hígado a San Pedro. Pero la mujer tenía una salud inquebrantable lo que en ella también venía a constituir un defecto.

Agregábase a las desventuras de don Pedro, el que su mujer no lo admitía en el lecho, pues en la primera ocasión que estuvieron juntos durante la luna de miel, él expresó un comentario algo subido sobre el notablemente desarrollado pecho de su mujer, lo que ella consideró como vulgar y soez, y no volvió a permitir que la tocara. Don Pedro sufría así por añadidura la comezón del casado despreciado.

Había cumplido un año junto a aquella mujer, lo que le había parecido cadena perpetua, cuando una brisa entró en el enrarecido ambiente de su vida. Entre la adquisición de algunos esclavos que doña Catalina necesitaba para su servicio, había una china de quince años, muy desarrolladita y vivaracha que vino a despertar pecaminosas inquietudes en el peninsular.

La buscaba con la mirada hasta encontrarla en algún lugar de la casa o el jardín, realizando alguna tarea. Su cuerpo ya formado y apenas vestido con algunas telas delgadas le resultaba sumamente atractivo, a pesar de sus piernas algo cortas y de sus grandes pies, razón por lo cual andaba des-

calza como todos los indios, famosos destructores de zapatos.

Al pasar los meses y acumularse las necesidades, don Pedro comenzó a concebir la idea de tomar dicha china por sirvienta nocturna para poder así saciar la sed natural de caricias que todo hombre posee y que derecho tiene de satisfacer. Pero el asunto era difícil ya que su mujer tenía a la indiana por niña de mano y había tomado por norma hacerla dormir en el suelo de su dormitorio, junto a su lecho y al lado de Rascón, el perro.

Dábale vueltas en la cabeza al terco español la imagen de la china hasta convertirse en obsesión. Llegó aún a considerar seriamente la posibilidad de raptarla y huir con ella a la selva más profunda. A tanto llegaba su ardorosa necesidad que estaba dispuesto a renunciar al trabajo de toda una vida.

Quiso el destino que se le presentara una oportunidad ideal para realizar sus planes. Cerca de la Navidad doña Catalina fue invitada por sus padres a pasar una temporada con ellos; querían preguntarle la razón de por qué aún no aparecía, o por lo menos se insinuaba, un vástago, siendo que en su familia había tradición de fecundidad. Pensaban claro, que don Pedro, o no tenía el vigor o le faltaba la sustancia.

Fuese doña Catalina a casa de sus padres quedando la indiana en casa, pero por una extraña razón, habíase volatiliizado. Desesperado don Pedro recorrió toda la casa, los jardines y aún las chacras en busca de la esquiva niña; alacena, gallinero, granero, nada escapó a su pesquisa, y nada.

Apesadumbrado por su mala suerte se fue a su dormitorio a descansar su cuerpo cansado de tanto ejercicio, y su

cerebro, agotado de tanto pensamiento inquietante. Cuál no sería su sorpresa al encontrar sobre el lecho, completamente desnuda, a la indianita, que le esperaba con una sonrisa complaciente en su achinado rostro. Estuvo don Pedro a punto de caer de rodillas y elevar una plegaria pero, recapacitando, abandonó la idea pues pensó que dadas las características de la situación, no correspondía tal devoción. Solo se sacó las ropas con la agilidad de un quinceañero y sin esperar mayor invitación, arrojose sobre la muchacha que tan generosamente le ofrecía sus encantos.

En uno de los descansos, no recuerdo si el tercero o cuarto, dijo, la indiana:

-Vuestra señora me ha ordenado que os atienda. Espero que estéis satisfecho.

-¡Podéis jurarlo! -Exclamó con entusiasmo don Pedro.

-Como he notado que en el último tiempo me devorabais con la mirada y al saber que doña Catalina no ha sido cariñosa con vos y agregando a todo ello el hecho que me resultáis sumamente agradable, he decidido serviros de consuelo.

-Sois un ángel, niña mía -dijo él complacido-. No sabéis la paz que traéis a mi atribulado corazón y el contento y descanso que ponéis en mi hombría.

Y así estuvieron durante toda la ausencia de doña Catalina, retozando de día y de noche, calmando sus ardores en cualquier parte con la mayor indecorosidad, pero felices de sentirse verdaderos Adán y Eva en el Paraíso. Solo que él era un Adán algo aporreado y ella una Eva indiana de hereje cuna. Además, ese Paraíso polvoriento que era su casa resulta-

ba un extraño Edén. Pero ello no impedía que la felicidad que le embargaba le hiciera ver lo que quería.

Pero como todo buen momento siempre viene a terminar antes que uno se aburra de él, tuvo que terminar esta aventura pecaminosa de don Pedro al regresar su avinagrada mujer. Solo que el vinagre lo había dejado en otro lado al parecer, pues llegó muy contenta y dicharachera, cariñosa y condescendiente con su marido.

A la primera noche de su regreso se encontraba don Pedro en su habitación esperando poder descansar de los afeos de la indiana, que había tenido un ataque de fiebre incontrolada, cuando apareció doña Catalina vistiendo un delicado camisón y ocultando algo su feo rostro con los cabellos que había soltado.

-Mis padres me han reclamado por nuestro poco empeño en solicitar a nuestro Señor tenga a bien concedernos un hijo.

-Ya sabéis -le dijo don Pedro en tono recriminatorio- que no ha faltado interés por mi parte.

-Lo reconozco, esposo mío. Por esta razón vengo a pedirlos perdón y que me favorezcáis esta noche con vuestras caricias.

Y diciendo esto se desprendió de su camisón y se metió en el lecho. Pero el exceso de placer derrochado anteriormente, así como el poco atractivo de su mujer, complotó para que su virilidad no reaccionara, continuando su adormecido descanso.

-¿No tenéis deseos, pichoncito? -Preguntó algo inquieta doña Catalina, temiendo que la obligada castidad hubiera

estropeado definitivamente el interés de su marido.

-Es que... Me habéis tomado por sorpresa y así es difícil conseguir entrar en situación.

-¿Y qué necesitáis para ello?

-Tiempo.

-¿Tiempo? –exclamó ella, extrañada-. ¿Lleváis más de un año en abstinencia y queréis más?

-Por eso mismo, mujercita mía. Igual como al ayunante hay que darle el alimento en pequeñas porciones, así también al abstinento hay que darle las sorpresas de a poquito para no provocar un daño irreparable.

Apesadumbrada y no muy convencida doña Catalina abandonó el lecho y se retiró al suyo. No bien hubo salido de la habitación cuando apareció la china quién, sin esperar invitación, se deslizó entre las sábanas, y maestra en el arte de levantar moribundos, logró poner de pié al rendido soldado, al que desplomó luego de hacerlo disparar sus cartuchos.

Don Pedro se encontraba ya bastante cansado y dicha situación comenzaba a molestarle. La fatiga asomábasele en el rostro y de continuar así doña Catalina no tardaría en darse cuenta de sus infidelidades con la china.

A la siguiente noche volvió su mujer a reclamar su derecho conyugal, pero no obtuvo más que una despreciativa falta de reacción, debida principalmente a que momentos antes la indiana le había dado la batalla de rigor.

Pasó el día, durante el cual don Pedro fue a esconderse en una bodega para poder descansar y reponer en algo sus disminuidas fuerzas. Llegada la noche decidió hacer él una

visita a doña Catalina, para lo cual se preparó con dedicación. Pudo comprobar, antes de abandonar su dormitorio que el soldado lograba ponerse firme, aunque con algún esfuerzo. Estimulándose mentalmente llegó junto a su mujer, pero no bien hubo puesto la cabeza en la almohada cuando le abatió un sueño fulminante.

Fueron pasando los días en esta historia que tornábase desagradabilísima, y don Pedro comenzaba a renegar del día en que aceptara los favores de aquella muchachita que no le dejaba en paz en ningún momento ¡Parecía estar poseída por las diez mil putas de Gomorra! Donde le encontraba se le lanzaba a la virilidad como zorro al conejo y no lo soltaba hasta haber conseguido su propósito. Tuvo don Pedro que detenerla drásticamente, informándole que si no lo dejaba en paz le daría cuenta de sus atrevimientos a doña Catalina. Aquello le pareció su último recurso y la indiana se contuvo. Satisfecho de su decisión pensó que aquella noche lograría cumplir con su obligación marital; debía reponer su nombre y condiciones frente a su mujer la que, en esos momentos, pensaría ya que era impotente, sino algo peor.

Una vez llegadas las sombras de la oscuridad don Pedro se encaminó a la habitación de su mujer con gran sigilo, temiendo en cualquier momento apareciera la china y arrebatara impunemente los derechos de doña Catalina. Pero la pequeña hembra no estaba. Llegó junto a su cónyuge la que le miraba con la incredulidad pintada en el rostro. Pero al ver que don Pedro traía el arma en ristre, preparada ya para el combate, recuperó la fe y bajó sus defensas para recibir un ataque a fondo.

A la mañana siguiente don Pedro despertó entre las cálidas sábanas del lecho de doña Catalina, el perfume de las rosas que habían florecido en el jardín y el canto de las tenecas que anidaban entre las tejas del alero. Doña Catalina apareció con una bandeja con panecillos calientes y el tazón de chocolate de don Pedro.

Este comió con mucho apetito. Estaba contento de haber podido cumplir con su mujer, dejar en buen pie su hombría y de haber podido dormir toda la noche sin ser atacado por aquella india del demonio. De pronto, mientras bebía su chocolate, doña Catalina le dijo:

-Debo informaros de una decisión mía que espero no os moleste.

-Decidme.

-Ayer tuve que prescindir de Blanca, la china de mano que dormía junto a Rascón.



Don Pedro casi se atoró con la bebida y esperó que le llegara algún golpe o insulto.

-La he mandado donde mis padres –continuó la señora- pues la muy cochina me estaba creando una seria dificultad.

-¿Dificultad? -Preguntó tímidamente don Pedro.

-Sí, amorcito –le explicó ella-. Ni te imaginas. Aquella pollita cínica tenía totalmente agotados a Jonás y Melchor, los criados negros, a quienes obligaba tener relaciones pecaminosas con ella todos los días y a cada momento que los encontraba. La pobrecita, al parecer, sufre de fiebre uterina, mal que como india puede calmar sin muchos remilgos, pero que sería una desdicha para una cristiana.

Pero don Pedro ya no oía los comentarios. ¡Así que aquella putilla se solazaba con los dos negros, además de quitarle el resuello a él! ¡Aquello era inaceptable! Está bien que fuera ardiente con él, que era su patrón pero que, además, tuviera de amante a esos cochinos negros, ¡eso lo consideraba un ultraje! Los indios son seres repugnantes...

-¿Te sucede algo, querido? ¿Te molestó mi decisión?

Don Pedro salió con sobresalto de sus indignadas cavilaciones.

-No, amorcito. Esta muy bien. No debemos permitir indecencias en nuestra santa casa. Creo que deberíamos vender también a los dos negros insolentes.

-¡Oh, no! –exclamó ella-. Hoy en día están muy caros los esclavos. Además, son como animalitos; no podemos culparlos totalmente por lo que han hecho.

-Como tú digas, amorcito -dijo don Pedro. Ya tendría tiempo él de partirles el lomo a esos dos.

Y al cabo de los años don Pedro y doña Catalina tuvieron muchos hijos y los Ávila García de Álvarez y Carvajal constituyeron una numerosa familia de ilustres terratenientes.

CONSUMMATUM EST

La famosa tragedia del inmortal Tírso tiene sus versiones en la realidad, tal como aconteciera en los albores del decimoséptimo siglo en la joven ciudad de Valparaíso, bañada con las no siempre tranquilas aguas del Pacífico Océano. Y aunque la historia no es exactamente igual a la narrada por el de Molina, puede considerarse uno de los hechos más dramáticos y conmovedores sucedidos en estas lejanas tierras. Debo advertir al sensible lector que la crudeza de esta narración podría herir su susceptibilidad, pero de no ser relatada en toda la cruel realidad y magnitud, no tendría el menor sentido hacerlo.

Se había establecido en aquel puerto un próspero comerciante que con esfuerzo y sacrificio constante, logró amasar una fortuna no despreciable. Luego de varios años de trabajo persistente, don Álvaro de la Cueva y Guijón decidió que era momento de casarse y formar familia a quienes heredar sus bienes. Pensó en una primera instancia en traer alguna castiza mujer de su terruño, pero luego de varios intentos el fracaso fue el resultado, pues las mujeres de la península no

veían este rincón del mundo con buenos ojos. Finalmente, viendo que comenzaban a pasar los años con demasiada prisa, tuvo la mejor idea de conseguir mujer entre la aristocracia santiaguina, cuestión mucho más fácil y, quizás, con mejores perspectivas.

Así fue como, a los pocos meses contraía capitulaciones con doña Clotilde, hija del oidor García de la Piedra, hombre de fama intachable y de fortuna no tanto.

Si bien la moza tenía veinte años menos que él, don Álvaro no era un anciano, aunque los grandes sacrificios realizados en su dura tarea de hacer fortuna habían menguado considerablemente su salud. La bella Clotilde, como toda buena hija, había aceptado calladamente la decisión de su padre y, luego de algunos meses de convivir con su marido llegó incluso a guardarle un sincero cariño, aunque por no rellenar las esperanzas que toda muchacha tiene del consorte ideal, no podía sentir por él las emociones profundas, tumultuosas y sensuales que se esperan en estos casos.

Los días transcurrían lenta y perezosamente en aquella casa, mientras Clotilde, comprendiendo que su vida había tomado un rumbo definitivo, había dado por perdida toda esperanza de poder sentir las emociones propias de la juventud que poseía, abandonándose al tedio y la resignación.

Pero quiso el destino que arribara al puerto un bergantín que traía de Lima un contingente de soldados y algunos oficiales para completar la nómina ya exigua del menguado ejército de la Capitanía, a consecuencias de la bravura constante de los araucanos. Entre esos oficiales venía, como castigo por su licenciosa vida, don Juan del Castillo, galán de

buen porte, robusto, atleta consumado y espadachín de primer orden. Famosos habían sido sus duelos en la capital del virreinato y, también sus lances amorosos, cuya última proeza había incluido a la hija de un importante miembro del cabildo, con lo que recibió, en castigo, el servir por tres años en la frontera de la Capitanía General de Chile a cargo de una pequeña tropa, en un lugar considerado de extremo riesgo. La idea era, evidentemente, que el desvergonzado capitán dejara los huesos en tierra araucana gracias a un mazazo o una picana.

Quiso el siempre malicioso destino que doña Clotilde se encontrara en el malecón cuando los oficiales bajaron a tierra a refrescar el gahuate. Fue solo ver a aquel militar de tanta galanura para quedar prendada de él de la forma más apasionada.

A partir de ese momento su vida se convirtió en un infierno. Durante el día su mente recreaba el rostro, los finos bigotes, el brillante uniforme, los modales, la sonrisa, todo lo que en aquella ocasión había logrado ver del oficial. Y su pecho se agitaba al impulso de las pecaminosas ideas que intentaba afanosamente apartar de su mente.

De noche, incluso llegaba a soñar con don Juan, tomándola en sus brazos y haciéndole sentir en su desnudo y amoroso cuerpo los deleites más extraordinarios que los sueños son capaces de crear. Despertábase por la mañana cubierta de sudor, nerviosa y afiebrada, maldiciendo el haber visto a aquel oficial, pues su vida ya no estaría tranquila nunca más.

Nuevamente el destino le jugó una mala pasada, pues fue su propio marido el que llevó al capitán de visita a su casa.

Con pocas amistades, don Álvaro vio la oportunidad de poder agasajar a un caballero de noble cuna. Al verlo entrar a su casa, Clotilde casi pierde el sentido, pensando que era una visión demoníaca que venía a torturarlo más aún de lo que ya lo hacía.

Don Juan demostró ser un perfecto caballero y un galante soldado. Besó la mano de doña Clotilde con parsimonia mientras ella se estremecía. Contábale él de sus viajes y aventuras -las que podían contarse según las normas de etiqueta-, entreteniéndola de una forma que jamás se había visto en esa casa. Don Álvaro veía con alegría como su mujercita ponía tanta atención en los relatos del oficial y, al verla contenta, sentíase él satisfecho.

Una tarde en que don Álvaro se encontraba revisando sus cuentas en el almacén, don Juan apareció en su casa. Clotilde, acompañada solo de su niña de razón, le recibió con cautela, temerosa de verse arrebatada por sus apasionadas ilusiones.

La mirada del caballero, su sonrisa, el conjunto de sus facciones y modales, le hacía temblar. La atracción que aquel individuo ejercía en ella era formidable y su autocontrol casi un acto heroico.

-Habéis sido muy amables conmigo -dijo don Juan-. Pronto deberé presentarme con mi tropa en la frontera y quizás pase mucho tiempo antes de volver a veros, señora. No quería marcharme sin antes despedirme y agradecer vuestra cortesía.

-No tenéis por qué -contestole ella con voz quebrada-. Ha sido un verdadero... placer.

Y al decir esto último su pecho se agito de forma notoria.

Entonces don Juan le tomó la mano con suavidad y la llevó a sus labios, poniendo en aquellos hermosos dedos un beso delicado pero cálido.

Al levantar la mirada vio a Clotilde con los ojos cerrados, el rostro encendido y su pecho vigorosamente agitado. Entonces el galán, experto en aquellas lides, acercó sus labios a los de Clotilde, la que, lejos de rechazarlo, apretó su boca con fuerza a la de él en un afiebrado beso.

-¡Oh! Bella Clotilde -exclamó él al separarse-. No imagináis los tiernos sentimientos que habéis despertado en mi innoble corazón. ¡Cómo quisiera estrecharos por siempre a mi pecho anhelante!

Pero Clotilde, vuelta a la razón, se levantó de improviso.

-¡Oh, señor! ¡Qué he hecho! -exclamó ruborizándose y dándole la espalda.

-Lo que cualquier mujer habría hecho, hermosa dama -le consoló él-. Soy yo el responsable de haberos importunado. Pero ante vuestra belleza y dulzura es casi imposible no caer cautivado a vuestros pies.

-¡Deteneos! -dijo casi gritando Clotilde-. Sois malvado al hablarme de esa forma, cuando sabéis que mi pecho arde por vos.

-También el mío, mi señora. Mi pecho, mi alma, todo mi cuerpo está ardiendo por vos...

Clotilde soltó un quejoso suspiro y, volviéndose, se abrazó a don Juan prodigándole sus besos sin disimulo ni cortedad.

-¿Debéis marcharos obligatoriamente? -le consultó casi con dolor.

-Por la madrugada he de partir -le aseguró él.

Clotilde le miró un instante a los ojos en silencio, sabiendo que si decía lo que pensaba, ya no podría retractarse.

-Pues entonces -dijo sonriendo-, venid a verme esta noche. Mi ventana estará tornada. Quiero que os llevéis de mí un recuerdo perpetuo que os alimente el deseo de volver.

-¡Oh, amada mía! -exclamó don Juan exaltado-. No imagináis la dicha que traéis a mi espíritu. Estaré aquí en cuando las sombras cubran el territorio.

-Pero ahora, ¡marchaos! Mi marido está por venir y no sería propio que nos encontrara juntos. Podría sospechar.

-No quisiera causaros un desconuelo, amada mía -le aseguró él-. Vos sólo ordenad y yo obedeceré prontamente.

Y luego de un último apasionado beso, el capitán salió de aquella casa tan raudamente como había llegado.

Camino al bodegón donde se alojaba con sus camaradas meditó sobre la debilidad de las mujeres jóvenes obligadas a casarse con hombres maduros. “La ocasión hace al ladrón” se dijo con cinismo. Y carente de todo escrúpulo, pensó en darse unos buenos tragos mientras esperaba la hora concertada para desfogar su inagotable virilidad en otra de sus ya incontables conquistas.

Clotilde, en cambio, habíase quedado extasiada. El sólo recordar aquellas dulces caricias le hacía sentir un ardor que creía extinto para siempre. Incluso llegaba a soñar con la oportunidad de huir con aquel galán, lejos de toda civilización, entregándose a las tareas de Venus con una dedicación

que provocaría la envidia de la diosa. Pero la realidad era que aquello era un imposible y que, pasare lo que pasare, debía continuar ligada a su marido. No era un mal hombre, la quería y mimaba, e incluso ella le había tomado cariño. Y don Juan no era hombre de vida quieta, por lo que su vida con él sería un continuo tormento. Pero eso no impedía hacer realidad, aunque solo fuera por un momento en su vida, el sueño apasionado de toda mujer.

Ya entrada la noche don Juan se dirigió a casa de Clotilde a cumplir su promesa con la alegría propia del vencedor, aumentada por el vino que había escanciado sin freno y, aunque chispeado, no se encontraba ebrio.

Cuando llegó a los muros que rodeaban el jardín se encaramó a un árbol añoso y lleno de verrugas y aprovechando que una de sus ramas crecía sobre el muro, se deslizó por ella hasta caer dentro de la propiedad.

En ese momento se dio cuenta que Clotilde no le había indicado cual era su ventana. Se quedó un momento pasmado ante la fila de seis vidrieras que la luna furtiva iluminaba.

“En fin, se dijo, deberé probarlas todas. La que esté entornada será la suya”.

Y la primera que empujó se abrió, así que, ni corto ni perezoso, de un salto ingresó.

Cuál no sería su sorpresa al ver que don Álvaro se incorporaba de su lecho y le miraba, primero con sorpresa y luego con ira, al intuir las perversas intenciones del oficial.

-¡Sois un canalla! -le dijo furioso y levantándose de un salto cogió su sable que se encontraba sobre una silla.

A don Juan le resultó muy divertido ver a aquel tipo ya

mayorcito, vestido con un ancho camisón y con un ridículo gorro en la cabeza, amenazándole con su espada.

-¡Vais a pagar vuestro atrevimiento, bribón! -exclamó don Álvaro y le lanzó una estocada.

Don Juan ni siquiera había desenvainado. Miraba sonriente a su chistoso adversario esquivando sus torpes intentos con la maestría de un avezado espadachín. Luego, sin mayor esfuerzo, desenvainó su sable y de una sola estocada, atravesó el débil corazón de don Álvaro que cayó sobre la cama, agónico.

Sin una sola expresión en el rostro, don Juan guardó su sable y, saliendo de la habitación, se dirigió a la de Clotilde que, sumida en sus ilusiones, ni siquiera había escuchado la reyerta que, por lo demás, había sido bastante silenciosa.

Al verlo llegar su pecho brincó.



-¡Amada mía! -dijo don Juan ingresando al dormitorio y caminando con decisión hasta el lecho donde la bella Clotilde le esperaba cubierta por un suave camisón.

-¡Oh, amado Juan! -le dijo ella-. No os imagináis la dicha con que os recibo...

Y entre besos y caricias, se entregaron a los deleites pecaminosos sin ningún escrúpulo.

Fue una noche encendida por las llamas de Cupido. Agotados de tanto amor, durmiéronse cuando se anunciaba el alba. Pero don Juan, hombre de experiencia, solo descansó un momento para luego levantarse y marcharse forondo, como si nada hubiera sucedido.

Cerca del medio día Clotilde fue despertada por los alaridos de una de las indias de servicio. Se levantó presurosa y al ingresar al dormitorio de su marido lo vio tendido en el lecho, brazos abiertos, en medio de un charco de sangre.

Entonces pudo intuir lo sucedido, el terrible daño del que ella había sido causa, por su nefando pecado y, sintiéndose terriblemente culpable por aquello, cayó desvanecida al suelo.

La culpa es como un parásito que se posesiona de nuestra consciencia y no nos permite el beneficio del olvido ni, mucho menos, el perdón. Y así pasa el inexorable tiempo arrastrando los harapos de nuestro dolor. Así pasaron dieciocho años desde aquel suceso pero, sin embargo, Clotilde continuaba vistiendo el luto de la viuda que no se consuela porque no merece perdón.

Los años le habían avinagrado el genio y sentíase a su al-

rededor tal sentimiento de dolor y de ira que muy pocos tenían el valor de visitarla.

Su única compañía era su hijo Álvaro, un mocetón apuesto y vigoroso, a quién había educado como a un militar. Desde muy niño había tomado profesores que entrenaran su físico y le educaran en el arte de la esgrima, para lo cual había demostrado una increíble e innata habilidad.

Sin duda ella abrigaba la esperanza de que, algún día, volviera a encontrarse con don Juan y, entonces, su hijo vengaría el canalla crimen del inescrupuloso aventurero.

Nuevamente el destino, cuyo juego diabólico todos conocemos, puso en su mano la oportunidad deseada. Don Juan del Castillo, ascendido ya a coronel gracias a su matrimonio con una moza de noble cuna, fue enviado a Chile a dirigir una estrategia en contra de una sublevación de cuncos en el sur, indios siempre dispuestos a la pelea.

-Ese es el responsable de mi viudez y de que vos quedaras huérfano de padre -le explicó Clotilde a su hijo-. Hasta hora su crimen ha quedado impune...

-No por mucho, querida madre -le dijo el joven-. Le haré pagar con su sangre.

Clotilde esbozó una sonrisa malévola. Su trabajo de años estaba a punto de rendir los frutos deseados.

-Pero debéis tener mucho cuidado -le instruyó ella-. Es un espadachín formidable. Me he informado sobre sus métodos con la espada y creedme que no tiene rival.

-¡Hasta hoy! -exclamó con ira el arrogante muchacho.

-Lo más importante, hijo mío, es que jamás debéis bajar la guardia -le explicó su madre-. Aquello sería fatal.

-Comprendo. Pero tengo un plan que dará resultado.

-¿Un plan? -quiso saber Clotilde, intrigada.

-Habrá un concurso de espadachines en la Gobernación y haré que le pidan a don Juan que haga una de sus demostraciones. De esa forma podré ver los detalles de su técnica.

-¡Magnifico! -exclamó su madre entusiasmada.

Y tal como lo deseaban, don Juan se presentó, muy ufano, a dar clases de su arte de los jóvenes retoños de la sociedad porteña.

Con una dedicación metódica, el joven Álvaro observó detenidamente todos sus movimientos, sus estocadas, sus ataques y defensas, guardándolos en su fresca memoria.

Una noche en que don Juan abandonaba un bodegón luego de beberse una jarra de vino con algunos malandrines y mujerzuelas, doña Clotilde se le acercó furtiva.

-¡Don Juan del Castillo! -le llamó con voz delicada.

Aquello era siempre seductor para el aventurero, por lo que detuvo su marcha y observó a la oscura figura que se le acercaba.

-Estáis en ventaja -dijo el malvado-. Yo no sé vuestro nombre.

Clotilde se colocó frente a él, de cara a la luna, y se quitó el velo.

-¿No me reconocéis? -le preguntó sonriendo.

Don Juan se encogió de hombros.

-Demasiadas mujeres he conocido para acordarme de cada una de ellas -dijo con insolente pedertería.

-Ya me lo figuraba -le contestó Clotilde volviendo a cubrirse con el velo-. Fui una aventura más en vuestra puerca

lista de conquistas -concluyó.

Y dando media vuelta desapareció en las sombras.

Don Juan hizo una mueca de disgusto y continuó su marcha rumbo a su actual residencia. Pero su mente comenzó a hacer recuerdos, intentando ubicar a aquella misteriosa dama. Sin duda debía haberla conocido hacía mucho pues ella se veía mayor y él las prefería más bien tiernas. Cavilando de esa forma continuó su camino sin darle demasiada importancia al incidente.

Dos días después, nuevamente disfrutando de las malas compañías en el bodegón, don Juan bebía alegremente. De pronto hizo su ingreso un joven muchacho que se plantó delante de su mesa.

-¡Sois un ruin! -le dijo el joven Álvaro a boca de jarro.

Don Juan dejó su tarro con vino sobre la sucia mesa y observó al mozuelo.

-No sabéis lo que decís... O por lo menos, a quién se lo decís.

Álvaro le miró con arrogancia.

-Sois don Juan del Castillo, pérfido tunante, burlador de mujeres y asesino de sus maridos.

Don Juan se levantó de un salto, furioso.

-¡Ningún mozalbete me habla en ese tono! -exclamó iracundo.

-Pues yo lo hago -dijo con toda calma el muchacho.

Don Juan le miró un instante y luego se sonrió.

-Si lo que buscáis es pelea, volved en algunos años. Estáis aún muy verde -dijo con una sonrisa socarrona del Castillo.

-¿O será que voz estáis muy maduro? -preguntó con insolencia Álvaro.

Don Juan volvió a sentarse mientras la concurrencia, expectante, esperaba ver lo que sucedería. Una caterva de mandrines llenó aquel sitio.

-No pelearé con voz, jovencito -dijo don Juan-. No sois rival...

-¿Lo veis? -dijo el joven Álvaro dirigiéndose a los presentes-. El famoso espadachín no es sino un mito. Solo es capaz de asesinar maridos en sus camas, pero no tiene el valor de enfrentarse a un hombre cara a cara.

Se escucharon algunas risas. Don Juan sintió que le hervía la sangre. Aquello no podía dejarlo pasar, así que se levantó y desenvainó su sable.

-Vos lo habéis querido, mocoso -dijo con calma-. Todos aquí son testigo.

Y los mandrines asintieron.

El joven Álvaro se quitó la capa y sacó su sable.

-Pues ante todos estos testigos -dijo-, juro que dejaré vuestras tripas esparcidas por el suelo como el cerdo que sois.

Don Juan le lanzó una traicionera estocada pero el muchacho la esquivó con facilidad. Nuevos ataques del aventurero fueron burlados por el muchacho.

-Sin duda que sabéis manejar el sable -dijo Don Juan, poniéndose cauteloso-. Tenéis talento para el acero.

-Y vos para el crimen -le disparó el joven.

-Si pensáis que vais a sacarme de mis casillas con aquellos insultos, estáis equivocado.

-Pues deja de parlotear y pelea.

Y fue una lucha feroz aunque sin duda artística. Saltaban sobre las mesas, se lanzaban sillas y tarros de cerveza, se dieron algunos golpes de puño y brotó la sangre de ambas bocas y narices. Ambos tenían una maestría superior en aquella disciplina y el combate amenazaba eternizarse.

De pronto el joven Álvaro recordó el consejo de su madre: “Nunca bajéis la guardia”. Y tuvo una idea. Luego de algunos estoques estériles, Álvaro bajó la guardia. Don Juan vio su oportunidad y lanzando su famosa estocada traicionera se sintió vencedor, pero Álvaro la esquivó con facilidad e inclinándose, lanzó con todas sus fuerzas su ataque, atravesando el pecho de don Juan de parte a parte.

Este, asombrado, se miró el pecho, luego miró a Álvaro y cayó de rodillas, casi sin llegar a comprender lo sucedido. Álvaro se acercó a su rostro y antes que don Juan expirara le dijo:

-Vos asesinasteis a mi padre, don Álvaro de la Cueva y Guijón. No le disteis oportunidad, acuchillándolo en su lecho. Así pagáis vuestro crimen y retiró el sable de un golpe.

Don Juan, por un instante, pareció recordar aquella aventura y a la ardiente Clotilde, pero inmediatamente se desplomó inerte.

Todos los presentes se quedaron en silencio mientras Álvaro cogía su capa y su sombrero y salía del lugar.

Volvió casi corriendo a casa. Debía darle la buena noticia a su madre para que, por fin, descansara de su dolor.

Al solo entrar a la habitación de su madre, que esperaba noticias sentada muy rígida en un taburete, el joven exclamó:

-¡Consummatum est!¹²

Ella escuchó el relato en silencio. Su pecho volvió a encenderse como antaño, cuando Álvaro le narró el final. Sus ojos fríos estaban fijos en el vacío. Entonces se levantó de su asiento y se dirigió a la mesa.

-Debemos celebrarlo, hijo -comentó ella con suavidad-. Una copa de vino es lo indicado.

Y sirviéndolo, le entregó una a Álvaro y con la suya, estirando el brazo, dijo con solemnidad:

-¡Consummatum est!

Y ambos bebieron con la alegría de haber cumplido un propósito esencial de sus vidas.

Clotilde volvió a sentarse y mirando a Álvaro le dijo:

-No te he contado toda la historia, hijo mío.

Álvaro le miró con extrañeza.

-¿Toda...?

-Así es. La misma noche que don Juan asesinó a mi marido, entró a mi habitación donde yo le esperaba. El ya me había seducido y esa noche, mientras mi marido agonizaba en el cuarto vecino, nos entregamos a la pasión. Desconocía yo su crimen y al saberlo, juré que me vengaría en esta vida o la otra.

El joven Álvaro la miraba con incredulidad.

-Pero, no puedo aceptar tal cosa -dijo casi en un lamento.

-Pues créelo -le espetó ella con dura y ronca voz-. Vos sois el fruto de esa seducción... -y fijó en su hijo una gélida

12 ¡Está hecho!

mirada.

El muchacho se puso pálido. Comprendió entonces la dureza de su madre para con él, que creía ser parte de su carácter o su forma de educar.

Intentó decir algo, pero una dolorosa puntada en el vientre le hizo doblarse.

-Vos sois un resabio de aquel canalla -agregó ella y sus ojos llameaban.

Su voz se había vuelto dura, casi siniestra. Por sus ojos Álvaro comprendió lo que sucedía. Y una nueva puntada le aclaró la situación.

-Me... habéis... -comenzó a decir, pero las palabras no le salían.

Clotilde, mientras, le observada con una mirada de frío desprecio. El joven se retorció por un momento en el suelo y luego se quedó inmóvil. Clotilde permaneció sentada, muy derecha, con la mirada fija en el vacío.

Cuando a la mañana siguiente llegaron los soldados a buscar al joven Álvaro, se encontraron con una escena aterradoramente. El muchacho yacía en el suelo y su cuerpo, retorcido, mostraba una mueca de espantoso dolor en el rostro. Clotilde, su madre, permanecía aún sentada con la mirada vidriosa clavada en la nada. Al acercársele uno de los soldados pudo darse cuenta que repetía sin cesar y en forma muy suave una frase:

-Consummatum est... Consummatum est... Consummatum est...

EL ANACORETA DE PIRQUE

Yo sé que al narrar esta historia, habrá muchos que sentirán la mayor aversión por mí en razón a que destruyo uno de los más queridos mitos de la zona, pero la verdad siempre debe ser dicha tal como lo ordenan los mandamientos divinos. Y si con ello perjudico la creencia de alguno, le pido sinceras disculpas, y solo espero que con el tiempo haya de agradecer que le haya sacado de un engaño, aunque los hombres prefieren con mucho vivir de las mentiras olorosas que de las pestilentes verdades. Y esta verdad es, como veréis, de las más pestilentes.

Habíase instalado don Alfonso Cabrera de la Vega en una hermosa hacienda en la localidad de Pirque¹³, entre el Río Clarillo y el Estero Seco, donde dedicábase desde hacía varias décadas a la crianza de cerdos para la producción de jamones y embutidos, los que eran reconocidamente famosos no solamente en las ciudades del Reino de Chile, sino incluso en la capital del virreinato del Perú.

13 Casi todas las localidades que rodean a la capital fueron convertidas, luego de la conquista española, en tierras para la ganadería por la abundancia de secanos aptos para la crianza animal. Esta localidad se encuentra al sur de Santiago.

Como la mayoría de los hacendados en ese entonces, esperaba formar alguna fortuna para poder darse el lujo de casarse con alguna moza de buena cuna que agregara pergaminos a la riqueza. Don Alfonso no era una excepción a la regla, así que luego de cruzar la cincuentena y con los bolsillos bastante llenos, pidió en matrimonio a la segunda hija de un distinguido delegado, don Pedro de la Fuente y Gamboa. Matilde, que así se llamaba la muchacha, no había cumplido sus veinte abriles y la idea de contraer tal enlace con un hombre tan mayor, por mucha fortuna que tuviera, no le resultaba para nada grato, especialmente cuando su corazón ya se encontraba comprometido con Javier Suárez del Cortijo, muchacho algo mayor que ella, de noble cuna pero sin los medios económicos suficientes para que se le considerara un buen partido como marido.

Matilde no tenía demasiados escrúpulos al respecto, así que, aceptando el casamiento por fuerza, no tuvo desde un comienzo ninguna intención de abandonar a su amado Javier. Y éste, a su vez, prendido a la muchacha como la polilla a la lámpara que le da calor e ilumina, si bien sintiose desesperado en un comienzo, finalmente comprendió que la situación era irreversible y, aunque de mala gana, aceptó su circunstancia, más que nada con la esperanza de que el viejo don Alfonso tuviera el buen gusto de estirar la pata lo antes posible. Pero viéndolo como era, hombre duro de pelar y de gran tesón, sin haber sufrido jamás una enfermedad grave, la posibilidad veíase bastante remota.

Ante esto, para amenizar la anhelada y tan poco cristiana espera, dedicáronse Matilde y Javier a los tan poco cristianos

menesteres del carnal entretenimiento cada vez que se les presentaba la oportunidad, lo que sucedía bastante regularmente. Así que entre suspiros y besos, entremezclaban las lágrimas de su tristeza por tan cruel destino que les impedía la dicha completa.

Don Alfonso no era un mal hombre. Por el contrario, no solamente prodigaba a Matilde con obsequios y cariñosas frases, sino que, además, colaboraba en obras de caridad para los pobres, pues era un devoto de Nuestra Señora del Pilar. Tanto así que en su habitación, en un mueble mandado hacer ex profeso, mantenía siempre rodeada de flores y cirios, una imagen de su venerada virgen. Pero, como todo hombre de negocios, no invertía sin pensar en obtener algún beneficio, así que frente a aquella imagen divina colocaba el cofre con sus ganancias, repleto de monedas de oro, en espera que la Santísima Virgen multiplicara por arte de magia los haberes en la medida que, de cuando en vez, él donaba alguna de esas monedas a algún convento.

Así pasaban los lánguidos días de nuestra Matilde, aunque las noches, en ocasiones, resultaban algo más movidas.

Una de esas noches, a pesar de encontrarse don Alfonso en su hogar, Javier, sumido en la desesperación de la soledad y el deseo, ingresó furtivamente a la alcoba de su amada.

-¡Qué hacéis aquí! -exclamó ella en un susurro-. Don Alfonso se encuentra en casa... ¿Estáis loco?

-Loco de amor y deseo -le dijo él estrujándola en sus brazos-. No puedo vivir alejado de vos, amada mía. Durante el día deambulo como un poseso con vuestra imagen en mi mente y de noche, cuando no puedo abrazaros, me resulta

imposible conciliar el sueño. Hace ya tres noches que no nos vemos y no puedo resistirlo más.

-Javier, amor mío. Ya sabéis que mi corazón y mi vida entera os pertenecen. Pero no debemos correr riesgos.

-Lo siento, pichoncito, pero no puedo estar más tiempo lejos de vos...



Y se abrazaban y besaban como si fueran las únicas personas en el planeta, sumidos en el sopor de sus anhelos, en

medio de suspiros ardientes.

La pasión acumulada y el fervor ejercido les hicieron dormirse como troncos, sin la razonable cautela que aquellas circunstancias exigían.

Era ya casi de madrugada cuando Javier se despertó movido por las naturales necesidades. Aun emborrachado por el amor prodigado y recibido, se levantó en busca de algún sitio donde poder cumplir con las tareas del organismo.

Matilde, que dormía como un lirón, despertose al poco rato y sintió gran inquietud al no ver junto a ella a su amado Baltasar. Su temor aumentó al ver parte de sus ropas en el suelo. Encendió una bujía y le buscó por la habitación, miró fuera de la ventana, debajo del catre, pero no encontró rastros de su amante. Aterrorizada comenzó a sugestionarse con las más descabelladas suposiciones.

Mientras, el joven Javier, dando tumbos en la oscuridad y urgido por la necesidad fisiológica, abrió una puerta que encontró a su alcance y entró a la habitación, sin darse cuenta que era la de don Alfonso, quien roncaba como una piara de cerdos. Al escucharle, Javier se aterrorizó e intentó desandar el camino. Con sus manos tanteaba la pared que le sirviera de guía en aquella total oscuridad.

De pronto sus manos se encontraron con un mueble. Al deslizarlas por la cubierta se topó con el cofre donde don Alfonso guardaba sus beneficios. Sin saber de qué se trataba, Javier lo abrió y al tocar las monedas, tuvo una idea deshonesta pero tentadora. Y sin pensarlo dos veces, comenzó a echarse las monedas entre sus escasas ropas, con el mayor sigilo posible.

Cuando el cofre estuvo vacío se volvió en busca de alguna rendija que le permitiera descubrir la salida. De pronto tuvo una idea descabellada y procaz. Con una malévola sonrisa en los labios, tomó el cofre, lo puso en el suelo y sin mayor esfuerzo debido a la presión natural, desocupó su intestino dentro de él, volviéndolo luego, con todo cuidado, a su sitio habitual, para emprender rauda retirada.

Matilde, mientras tanto, preocupada por la desaparición repentina de su amado, había ido a despertar a su criada Jacinta, cómplice de su señora en el amoroso secreto, para poder, juntas, buscar al muchacho.

Cuando Javier volvió a la habitación de su pichoncito la encontró vacía, así que se vistió rápidamente, guardó el gran puñado de monedas en su bolsa y escapó por la ventana.

Al poco rato amaneció y Matilde regresó a su dormitorio sin haber disminuido su preocupación, pero al ver que las ropas de Javier ya no estaban, pensó que, inteligentemente, el joven había decidido marcharse.

Fue entonces cuando oyeron un alarido en la habitación de don Alfonso. Matilde y Jacinta corrieron a ver qué había sucedido, con las peores ideas en su mente, pero al entrar se encontraron con una escena conmovedora. Don Alfonso, arrodillado en el suelo y con sus manos entrelazadas, miraba con fervor inaudito la imagen de la Santísima Virgen.

-¡Ha sido un milagro! -dijo con voz trémula a su mujer y con su cuerpo tiritando a pesar de no hacer frío.

Ésta le miró sin comprender lo que sucedía.

Entonces don Alfonso tomó el cofre y se lo mostró a Matilde.

-Nuestra Señora del Pilar me ha dado un mensaje sublime -dijo con los ojos llorosos-. Ha convertido mis haberes en porquería para decirme que debo abandonar la fatuidad de la riqueza para dedicarme a la vida ascética.

Matilde y su criada miraron en el interior y no pudieron reprimir una mueca de asco al ver el nauseabundo contenido.

-¡Oh, amada mía! -exclamó don Alfonso-. Perdonadme por mi decisión, pero debo seguir el dictado divino. Os dejo todos mis haberes, mi hacienda, mis bienes. No quiero nada, sino solo dedicar el resto de mis días a la contemplación de lo celestial.

Y luego de darle un cálido abrazo a la atónita Matilde, salió de su casa sólo con el camión de dormir puesto y se perdió por el campo.

La noticia corrió por el reino de forma inusitada y, al poco tiempo, la humilde cueva donde don Alfonso se cobijara para cumplir el dictamen divino, se convirtió en lugar de peregrinación de los creyentes que iban allí en busca de consejo y consolución.

Entre tanto, Javier, que ya había contado lo sucedido a Matilde, solicitó la dispensa del obispo para que ella pudiera volver a casarse, pues su marido, al tomar tan piadosa decisión, le había otorgado de hecho los beneficios de la viudez. Y así, Matilde y Javier dedicáronse a la dulce tarea de tener muchos, muchos hijos.

